

ECOFUTURISMO



CUENTOS SCI-FI

Selección y prólogo por:

SELECCIÓN Y PRÓLOGO:
DAI N. CASTILLO

SPEEDWAGON
media works



SELECCIÓN Y PRÓLOGO:

DAI N. CASTILLO

Cuentos Sci-fi

ECOFUTURISMO



SPEEDWAGON media works

ECOFUTURISMO: Cuentos Sci-fi
Primera edición: 10 de mayo del 2020

©2020, SPEEDWAGON Media Works.

“Prólogo” ©2020, Dai N. Castillo

“El hijo” ©2020, Lisa Carrasco.

“El sexto ángel” ©2020, Silvia Alejandra Fernandez.

“Contraataque” ©2020, Augusto Murillo de los Ríos.

“En las alturas” ©2020, Daniel Salvo.

“Semilla de vida” ©2020, Leysa Yañez.

“Nuevamente, la vida” ©2020, Manuel Alonso Navazar.

“Un futuro incierto” ©2020, Bruno C. Tello.

“26 de enero de 2266” ©2020, Rocío Benavides.

“Los días verdes” ©2006, José Güich Rodríguez.

“Melífera” ©2020, Gaspar Paredes.

“Legado” ©2020, Poldark Mego.

©SPEEDWAGON S.R.L.

Jr. Cañete 7137- Of. 101 Lima 28, Perú

✉speedwagon.mediaworks@gmail.com

Facebook: www.facebook.com/SPEEDWAGONmediaworks

☎ (511) 228 2157 / (511) 946 414 953

Dirección editorial: Luis Andrés Pomalaza Silva

Selección y prólogo: Dai N. Castillo

Diagramación y corrección de estilo: Jeremy Torres-Montero

Ilustración de Portada: “Ray of sunshine” por GrandeDuc

Fuente del título del libro: “Le Murmure” por Jérémy Landes

Diseño de portadas interiores: Verspell



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA. Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Papu.

Y, a Elsa, la mujer de mi vida.

ÍNDICE

PRÓLOGO: A TRAVÉS DEL TIEMPO	7
Dai N. Castillo	
EL HIJO	11
Lisa Carrasco	
EL SEXTO ÁNGEL	20
Silvia Alejandra Fernandez	
CONTRAATAQUE	33
Augusto Murillo de los Ríos	
EN LAS ALTURAS	53
Daniel Salvo	
SEMILLA DE VIDA	57
Leysa Yañez	
NUEVAMENTE, LA VIDA	68
Manuel Alonso Navazar	
UN FUTURO INCIERTO	77
Bruno C. Tello	

26 DE ENERO DEL 2266	90
Rocío Benavides	
LOS DÍAS VERDES	97
José Güich Rodríguez	
MELÍFERA	126
Gaspar Paredes	
LEGADO	136
Poldark Mego Ramírez	
BIOGRAFÍA DE LOS AUTORES	150

Dai N. Castillo

PRÓLOGO



Prólogo: A través del tiempo

Es impulso natural del ser humano pensar el mundo en función de uno mismo. Por ello, cuando se piensa en el paso del tiempo, generalmente prima una visión personal. En esta visión personal, personalísima, el tiempo y la historia pueden ser asidos de un modo flexible, casi líquido. Sin embargo, ningún ser puede ser comprendido sin tomar en cuenta sus circunstancias y entorno.

La profunda huella psicológica que representó la guerra fría y los innumerables conflictos que tuvieron lugar después, así como el avance, totalmente sin precedentes, de la ciencia, condujeron a que aparecieran distintas corrientes dentro de la literatura, específicamente dentro de la ciencia ficción. No es sorpresa, pues, que la tumultuosa década de los 80, con la desilusión en las instituciones democráticas haya visto nacer al cyberpunk.

Entendido más como un movimiento contracultural, podemos comprender por qué surgieron obras que renegaban de los posibles efectos nocivos de la tecnología, como lo fue “Neuromante”, del pionero William Gibson.

El tiempo, inexorable, llevó a una mejor comprensión de aquel desconocido mundo de la tecnología. El inicial temor dio paso a nuevas visiones y expectativas sobre el futuro, que se vieron reflejados en las ficciones literarias.

A partir de los años 90, han surgido muchos géneros derivados u opuestos al cyberpunk. Influenciados por las expectativas que generaban los avances tecnológicos y el deseo de comprender mejor el mundo que los rodeaba, muchos autores generaron sus propias visiones sobre el futuro. Es en este marco que surgen movimientos como el solarpunk, steampunk, biopunk, scrappunk, etc.

El ecofuturismo, al igual que otras manifestaciones artísticas que surgieron recientemente, busca mostrar una visión positiva del devenir humano. Muchas de las preocupaciones de esa generación se vieron reflejados en temas como la crisis económica, el calentamiento global y la sobreexplotación de recursos fósiles. El término como tal toma fuerza con la aparición de “Ecopunk!” de las editoras Liz Grzyb y Cat Sparks, durante el 2017. Este tomo compiló las mejores voces de la ciencia ficción australiana.

Y, desde entonces, han aparecido otros tomos como por ejemplo “Sunvault: Stories of Solarpunk & Eco-speculation” de Phoebe Wagner, que definen a estos dos como los temas principales del ecofuturismo. El uso de la energía solar, el reciclaje, así como la ciencia ficción era el uso imaginativo de la ciencia en el día a día, la eco especulación -o ecofuturismo- plantea la convivencia de la tecnología y la naturaleza en la vida cotidiana.

Esta selección de cuentos de inspiración ecofuturista busca mostrar las visiones de un grupo de escritores curtidos y jóvenes sobre el futuro, la capacidad de adaptación de la humanidad ante posibles catástrofes y la evolución de la sociedad bajo estas circunstancias. Si bien es cierto que en nuestro contexto actual pensar en el futuro puede resultar agobiante, esperamos que este proyecto permita, al menos, un agradable solaz y que más adelante otros autores se animen a explorar esta vasta área de la literatura todavía por descubrir.

Lisa Carrasco

EL HIJO



Hace algunos años (el número exacto es imposible), con la ayuda de mi visor, pude reconocer su figura. Había logrado construir una imagen que pasara desapercibida. Sus pasos estaban perfectamente calculados, pero yo supe inmediatamente que aquel paraguas no albergaba nada humano.

Lo más difícil de disimular fue, por supuesto, su cabeza. Luego me confesaría que alguna vez, presa de un ataque de pánico, intentó someterse a una cirugía, pero desistió minutos después tras imaginar las consecuencias a largo plazo. Sería fatal que perdiese sus habilidades solo por un complejo estético. La solución fue simple: el paraguas lo acompañaba a todos lados y le permitía ocultar las enormes dimensiones de su cavidad craneal; por esta inusual costumbre podría ser considerado un excéntrico, pero nadie dudaría de su humanidad. Nadie excepto yo.

Me acerqué a él con un silencio que solo ambos conocíamos. Me examinó durante unos segundos y lo dijo.

—¿De qué color son los ojos?

—Rojos.

Se quitó las gafas.

—Realmente eres tú.

Caminamos lentamente hasta su cnid¹ y lo ayudé a ingresar.

—Como en los viejos tiempos.

El día en que lo conocí, cuando nada de lo que ahora nos rodea existía, también tuve que ayudarlo a mantenerse en pie. Su enorme cabeza lo hacía dar tumbos y su corto tiempo de vida lo volvía muy vulnerable. Lo encontré en la orilla de un lago, desorientado. Hablamos en español, aquella lengua ahora arcaica que nos enseñaron nuestras madres, y nos presentamos.

—Mi nombre es Ariadna —le dije.

—Yo soy David.

Caminamos un largo trecho sin destino. Lo único que buscábamos era mantenernos con vida. Algunos helicópteros surcaban el cielo y hacían retumbar los árboles carbonizados. Cuando se acercaban, tocaba escondernos o fingir estar muertos.

¹ La traducción más cercana al español sería *automóvil*.

— ¿Tienes familia?

—Mi padre temió que se convirtieran y los mató él mismo. Yo escapé —respondí.

Cerró los ojos.

—Mi madre fue asesinada cerca de aquí, minutos después de mi nacimiento. Aunque está muerta, aún me habla.

—¿Qué eres?

Mi pregunta no lo incomodó.

—No lo sé. Mi madre estaba infectada, pero no era como el resto. Dice que nadie lograba entender lo que decía, que la tomaban por loca, pero no era un zombi.

—¿Entonces?

—Quién sabe; ella cuidó de mí con toda la humanidad que le quedaba.

—Eres como el hijo de la vitamina.

Cuando descendimos del cnid, nos encontrábamos en el garaje de su casa. Bastó una mirada rápida para comprender que se había insertado con éxito en el nuevo sistema.

—Eres próspero, comenté sonriendo.

—Es lo que menos ha costado.

Almorzamos toda clase de wofnuts² y agua rosada; luego me llevó a su laboratorio.

—He estado trabajando en un nuevo modelo de vitamina.

Quedé inmóvil unos segundos.

—¿Buscas venganza?

—Ese tipo de deseos son demasiado humanos. Lo único que busco es redención.

—¿Redimir a tu madre?

—Y a todos nosotros. No creo ser el único que persigue la verdad.

—¿Qué quieres demostrar?

—La vitamina X no fue la única que ingresó a PR20³. Creo que hubo otros prototipos de vitaminas que escondieron, y estoy casi seguro de que los están probando en estos momentos. En humanos.

—Quieren empezar otro apocalipsis.

² Bocadillos preparados a base de salmón deshidratado, arándanos cristalizados y maíz; se sirven con distintos acompañantes.

³ Este el nombre actual del país que en el pasado se llamaba Perú.

—Poder. Es lo que quiere todo el mundo. Imagina un país en el que no solo puedas controlar qué come la gente, como se buscó con la vitamina X, sino también sus actitudes y decisiones, y orientarlas para tu beneficio.

—No aprendieron nada.

—Peor aun: nos borraron de la historia.

Salí de allí luego de recordar largamente nuestra adolescencia, los episodios en que enfrentamos a la muerte y aquel país que desapareció junto con los cadáveres. Yo guardaba en mi corazón un cariño inmenso por David y por las situaciones en que solo nos tuvimos el uno al otro. Le informé de mi apoyo incondicional, aunque en el fondo temí que los intereses de aquellos que asesinaron a su madre estén aún buscando una víctima.

La vitamina X fue un enemigo que todos dejamos entrar en casa. Yo era muy pequeña, pero llevo en la memoria cada recuerdo, cada detalle y cada rostro cadavérico que cayó ante mí. La universidad de Georgia nunca se hizo cargo de su experimento, ni de sus consecuencias. Las autoridades intentaron controlarlo, pero fue imposible. Las calles se llenaron de estampidas

de peruanos locos, con los ojos rojos y adictos a ese polvillo gris que habían dicho que nos salvaría. Zombis, los llamaban los militares. Irónicamente, no estaban lejos de ser muertos vivientes.

Durante las siguientes semanas David y yo nos contactamos frecuentemente. La avanzada tecnología de PR20 permitía que charlemos casi físicamente sin movernos de casa. Yo había regresado al país después de muchos años de buscar equilibrio en altamar (trabajé en todos los rubros imaginables: no estaba interesada en poner un pie en tierra), y aún me costaba un poco salir a las calles. Sin embargo, un día tuve que hacerlo, cuando mi amigo me envió el mensaje de su descubrimiento. «Sé lo que tiene la nueva vitamina. He logrado copiarla. Ven a verme», fueron las palabras que brillaron en la pantalla de mi ghibli⁴. Cuando llegué a su casa, una lluvia fina mojaba el cristal del intercomunicador. Se encendió una luz y el aparato preguntó mi nombre. Lo pronuncié e inmediatamente se abrió la puerta.

⁴ La traducción al español sería *celular*.

Su laboratorio estaba lleno de líquidos humeantes y tubos de ensayo, pero David no estaba por ningún lado. Lo busqué, primero tímidamente y después con empeño. Fue inútil. Consideré esperarlo, aunque la lluvia afuera me ponía impaciente. Di una vuelta por su laboratorio y encontré un cofre cerrado con una nota al lado (era casi anecdótico que en este tiempo alguien aún se permita escribir notas a mano): «Ariadna: Uqbar, Orbis Tertius». No pude comprender las palabras que había escrito después de mi nombre. Ese idioma no era español o tlon, y aunque he investigado mucho al respecto, sigo sin descubrir su significado. Dentro del cofre se encontraban dos cajas blancas: una, con la inscripción «Vitamina X», contenía aquel trágico polvo gris; la otra, con el título «Vitamina 0», contenía un polvillo rojo muy fino. Asumí que este último era la nueva vitamina del gobierno de la que hablaba David. Nunca pude comprobarlo, pues no encontré en su laboratorio otro indicio o manual para comprender lo que había hallado. Lo que sí entendí fue que mi amigo había dejado ese cofre para mí, y lo guardé celosamente antes de partir a casa.

Aún mantengo la mirada fija a mi alrededor cuando salgo a la calle, por si lo vuelvo a encontrar. Sé que es un ser lleno de misterios, pero también que es el producto viviente del encuentro inesperado entre la naturaleza y la tecnología. Su sola existencia es el reflejo de un experimento fallido; su deseo de justicia, el reflejo de su compasión. Me detengo frente a cualquier paraguas que observo, por si escucho a alguien preguntarme de qué color son los ojos (código que establecimos cuando éramos jóvenes, antes de separarnos, por si algún día nos volvíamos a ver) para poder responder que son rojos.

***Historia ambientada en el universo de la novela “Vitamina X” de Lisa Carrasco.**

Silvia Alejandra Fernandez

EL SEXTO ÁNGEL



*El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates
y el agua de este se secó.
Apocalipsis 16.12*

La Tierra se secaba cada vez más y el verde había sido reemplazado por un uniforme color ocre. Después del impacto del asteroide en el año 2022, el agua pasó a ser lo más importante en el planeta.

Lucas miró por la ventana y comenzó a vestirse. Él había crecido en el nuevo mundo y no recordaba cómo era la Tierra antes del impacto: las historias sobre ríos caudalosos, bosques gigantescos y agua fluyendo por las cañerías le parecían una fantasía.

Mientras acompañaba a su padre a recoger el líquido, caído durante la noche en los colectores, solía mirar una pequeña agenda. Allí guardaba los pequeños tesoros de una vida que no llegó a conocer. Fotos de sus padres muy jóvenes, ya algo desvaídas y gastadas en los bordes, hojas de plantas que alguna vez habían estado en el jardín de su madre, aunque sus favoritas eran las imágenes de publicidades de películas: las más grandes las había pegado en las paredes de su habitación.

Le fascinaba contemplarlas, en especial una de Avatar, una vieja película de ciencia ficción. Solía pasarse horas mirando un árbol de colores turquesa y fucsia y unos seres luminosos parecidos a pequeñas medusas, que flotaban cerca.

«Tantos colores, tanta vida», pensaba.

Miró a lo lejos el despeñadero donde antes estaban las cataratas del Iguazú; ahora eran un acantilado seco y escarpado, donde ni una gota de agua caía. Solía pensar en qué habría pasado si la mayor parte del asteroide no hubiera caído en medio del Amazonas, el mayor pulmón natural del mundo; tal vez la historia hubiera sido otra.

Al entrar a la atmósfera de la Tierra, el meteorito se había quebrado. Esto podría haber sido algo bueno, pero una fatal coincidencia hizo que uno de los fragmentos cayera en Cabo Cañaveral, a un kilómetro de donde estaba una nave tripulada, lista para su lanzamiento.

Un joven experto en informática, multiplicó la imagen del fragmento cayendo sobre varias ciudades de la costa este de Estados Unidos. Fue una broma que salió muy

mal. El chico, que fue encontrado en Canadá y detenido rápidamente, había abierto una caja de Pandora.

La base aérea de Wyoming aprovechó esta simulación del hacker para justificar el lanzamiento de misiles nucleares intercontinentales. Las seis ciudades más grandes del mundo fueron reducidas a escombros en segundos. La respuesta de los países agredidos no tardó en llegar y más de las tres cuartas partes del planeta fueron bombardeadas con armas nucleares y biológicas. En menos de tres días, el viejo mundo dejó de existir.

A pesar del cansancio, Lucas preparó su mochila y fue al colegio. Sus padres siempre le decían que lo único que salvaría a la Tierra sería el conocimiento. Él no podía creer que alguien pudiera encontrar una manera de conseguir agua, de regenerar las selvas y bosques destruidos. Quizás esa situación fuese irreversible y el nuevo mundo ya estuviese condenado a morir.

La biblioteca de la escuela era un sitio oscuro, pero al menos era un lugar fresco. Las ventanas estaban tapiadas; era imposible, sin esa barrera, mantener los ambientes alejados del polvo y el calor sofocante del exterior.

Recorrió con la mirada las estanterías y, como hacía siempre, su mano fue acariciando los lomos de los libros. Se miró los dedos, sucios por el polvo que cubría los textos, y se los frotó fuertemente contra sus jeans.

Alegato a Marte, de Robert Zubrin, era uno de sus favoritos. Lucas tenía una extraña fascinación por ese planeta, sobre todo desde que su padre le había contado que se abortó la misión Mars One por la caída del meteorito. Solía imaginarse los satélites de comunicación enviados en el 2018 mandando datos que ya nadie recogía.

Un ruido lo sobresaltó mientras leía ensimismado. Era Rosario, la portera del colegio, que a modo de saludo le hizo una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—¿Siempre metido en Marte, vos? —inquirió, sonriéndole.

Un brusco movimiento de su brazo hizo que el libro cayera al suelo. Un amarillento papel que tenía anotaciones que no pudo interpretar, se deslizó desde dentro del libro. Las horas en la escuela se le hicieron eternas. Miraba el papel, tratando de comprender lo que

decía, pero no lograba descifrarlo. Apenas sonó el timbre de salida, Lucas se fue corriendo hasta su casa.

—¡Mirá! ¿Qué pensás qué es esto? —le preguntó, enseñándole a su padre el papel que tenía en la mano.

Jotas, como le decían a su padre por llamarse Javier Joaquín, había sido ingeniero aeronáutico en el mundo viejo. Había participado de varios proyectos trabajando para inversionistas particulares. Uno de esos había sido el Mars One, proyecto que quedó olvidado para siempre, por la lucha diaria de la humanidad por conseguir alimentos y agua. Jotas miró atentamente el papel y Lucas pudo ver como empalidecía.

Su padre fue corriendo a buscar un libro y comenzó a escribir frenéticamente en un cuaderno. Tachaba y seguía escribiendo.

—Papá, ¿qué hacés? —indagó Lucas, intrigado.

Esa noche Jotas se quedó sentado con el papel que había encontrado Lucas en la mano. Tenía una mirada extraña; sonreía mientras unas lágrimas le caían por la cara.

Lucas renegaba una mañana con un colector de agua que se había roto.

—Déjalo así nomás —dijo Jotas mientras regresaban a su casa.

Al entrar, vio a su madre en el comedor sentada junto a un hombre. Ella sonreía nerviosa y el hombre lo miró de arriba a abajo antes de hablar.

Al principio no pudo asimilar todo lo que le decían. Hablaron del proyecto, que aún continuaba en secreto. Su mente se quedó en blanco al oír la palabra Marte. No logró escuchar nada después de esto.

Los meses siguientes a este encuentro fueron vertiginosos. Asistía a agotadoras sesiones de entrenamiento físico y técnico. Solía volver a su casa solo para dormir hasta la mañana siguiente. Fue una de estas noches cuando le preguntó a sus padres porqué ellos no asistían al Centro de Instrucción. La respuesta de ellos lo dejó devastado.

Solamente irían diez personas en el viaje: el comandante, un piloto, dos especialistas de misión y tres parejas de jóvenes. Ahí supo que él, y los otros cinco

cadetes, serían los que, en un futuro cercano, poblarían la nueva colonia.

Era la única y última posibilidad de salvar a la raza humana. El planeta estaba condenado a morir. El agua y la escasez de comida estaba convirtiendo al mundo en un campo de batalla. El ambiente civilizado que habían mantenido durante años se desmoronaba. El tiempo en La Tierra se agotaba.

Lucas recorrió con la mirada cada centímetro de su habitación, sabiendo que jamás volvería a verla. Guardó pocas cosas en su mochila: fotos de sus padres, una memoria USB con filmaciones, despegó de la pared el afiche de la película Avatar y lo dobló, metiéndolo dentro de su agenda.

Las lágrimas corrían por el rostro de Lucas el día que se despidió. Sentía una opresión en el pecho tan fuerte que le costaba respirar. Quería guardar en su memoria cada rasgo de sus padres, su olor, el sonido de sus voces.

Era hora de decir adiós a todo lo que había amado y conocido hasta entonces. Los abrazó fuertemente y, sin darse vuelta, corrió hasta el vehículo que lo llevaría hasta

la base aérea de Paraná, en Entre Ríos. Mientras viajaba, vio como el sol empezaba a ocultarse y pensó que este era el último atardecer que vería desde La Tierra.

Todo el personal de la base estaba esperando que llegaran; y comenzaron a prepararlos, pero Lucas se sentía como si no estuviese ahí. Su corazón había quedado en su casa, pero su mente estaba puesta en Marte.

El ascensor que conducía a la Mars Two, era una cápsula vidriada que permitía ver hacia afuera. Lucas se quedó mirando el cielo hasta que entró en la nave. Habían programado el lanzamiento cercano a la medianoche, para evitar el sofocante calor del día. Ya ubicado en su sillón, notó cómo el cohete vibraba sordamente, luego sintió un tirón y supo que la nave había despegado.

Les quedaba más de un año de vuelo y, para evitar el estrés producido por tanto tiempo de confinamiento, les habían dado la opción de dormir hasta llegar a destino. Lucas había aceptado y fue conducido hasta la cámara de hipersueño. Un pinchazo en el brazo fue lo último que sintió.

Mientras estaban dormidos eran vigilados por Cuadra, la computadora que manejaba todas las funciones de la nave. Cada cuatro meses los despertaba para evitar que perdieran masa muscular. Se ejercitaban duramente durante dos días y volvían a dormirse dentro de sus cámaras.

Ya habían sido reanimados tres veces, cuando fueron nuevamente abiertos los cubículos donde dormían. Lucas miró el calendario, sorprendido; aún faltaban más de sesenta días para llegar a Marte. Estaba vistiéndose cuando fueron llamados a la cocina. Era el único lugar de la nave donde cabían todos juntos. El comandante, un hombre de apariencia amable, aunque de pocas palabras, estaba pálido.

—Hemos tenido un serio inconveniente —dijo en voz baja.

Lucas tragó saliva, sentía la garganta seca y pudo ver que las manos del comandante temblaban, aunque se esforzara por disimularlo.

—Cuadra tuvo que corregir el rumbo, para evitar colisionar con una vieja sonda de comunicaciones de la

Mars One. Nadie calculó que ese aparato seguiría entero después de tantos años. Consumimos demasiado combustible en esa maniobra y ya no alcanzará para aterrizar en Marte —explicó, con la voz quebrada por el nerviosismo.

—Podríamos llegar, pero no habría suficiente combustible para frenar la nave y evitar que se recaliente fatalmente al ingresar a la atmósfera.

Una de las cadetes rompió en llanto y Lucas la abrazó. No podía recordar cómo se llamaba la chica y eso lo hizo sentir peor.

—Lo mejor que puedo hacer por ustedes es permitirles hablar con sus familias y luego ponerlos a dormir. No sentirán nada cuando todo ocurra. No les digan a sus familias que no sobreviviremos, evítenles ese dolor. El proyecto seguirá adelante usando los embriones fertilizados congelados. El primer oficial Méndez se encargará de ellos usando las incubadoras y serán enviados a Marte en un pequeño módulo de aterrizaje. Nuestra nave quedará a la deriva por la escasez de combustible.

Lucas podía sentir cómo sus manos temblaban al comunicarse con sus padres. Enfocó la cámara para que sólo pudieran ver su rostro y, así, nada de su cuerpo delatara la mezcla de angustia e impotencia que sentía.

—¡Qué alegría, hijo! ¡No pensé jamás que les permitiesen comunicarse, lástima que papá no está en casa! ¡Tengo noticias maravillosas! —su madre hablaba a borbotones, como si no pudiera detenerse.

—Cuando te fuiste, sé que pensaste que pronto moriríamos, pude ver en tu mirada la tristeza por eso. ¡Pero el mundo se está regenerando! Una bacteria sufrió una mutación libre y comenzó a consumir metano y a producir oxígeno e hidrógeno. Ha comenzado a haber agua en grandes cantidades. ¡Hasta hemos podido volver a sembrar! Hemos recuperado los valles fértiles y las huertas volvieron a producir frutos. Nuestro planeta no se extinguirá. ¿No es asombroso esto? —exclamó ella, riéndose.

—¡Me alegro tanto mamá! Ya me siento mejor sabiendo que ustedes estarán bien, sólo quiero decirte

cuánto los quiero a los dos —dijo el joven con la voz quebrada, antes de cortar la llamada.

Lucas pegó el viejo afiche de la película Avatar sobre el cristal de su cámara de hiper sueño. Antes de cerrarla, se inyectó el sedante. Se acurrucó dentro, mirando al árbol en colores turquesa y fucsia y unos seres luminosos parecidos a pequeñas medusas que flotaban cerca.

«Tantos colores, tanta vida», pensó, antes de cerrar los ojos y quedarse dormido.

Augusto Murillo de los Ríos

CONTRAATAQUE



AÑO 2040

Se había hecho tarde. La luna llena se asomaba alumbrando las oscuras calles de piedra mientras los vecinos se encerraban en sus casas. Lourdes trotaba para no agitarse, ya que el frío era intenso a pesar de la cantidad de telas que llevaba encima. Ella tenía diecinueve años y piernas lo suficientemente fuertes como para soportar la cuesta arriba que la llevaba a su hogar. Cruzó miradas con un grupo de hombres que venían del otro lado. La reconocieron e hicieron una señal de saludo con la cabeza. Ella no les prestó atención y siguió de largo. Era lo mejor que podía hacer. A partir de las siete de la noche, Vilcashuamán se transformaba en tierra de nadie.

—Por fin llegas —dijo su madre mientras prendía un candelabro—. Sabes que es peligroso de noche.

—Conseguí esto para él. —Lourdes contestó mientras sacaba, de entre sus polleras, un libro de biología—. Mira, mamá, le encantará.

—Desearía que no siguiera creciendo. Anda. Sube y avísale para que baje a comer.

Las escaleras sonaron como si fueran a partirse con cada pisada de Lourdes. Abrió la puerta y lo vio arrodillado, con la mirada perdida reflejada en la ventana.

—Parece que va a llover esta noche.

Lourdes lo abrazó.

—Ángel, mañana cumples trece años.

El niño la miró y sonrió. A pesar de que llevaban la misma sangre, no parecían hermanos. Eran diferentes.

Cenaron con su madre y ella los mandó a dormir temprano, antes de que se empiecen a escuchar los truenos.

Tres horas después, un fuerte ruido despertó a Ángel. Lourdes entró en su habitación gritándole que escape por la ventana. El niño, aún confundido, no reaccionó ni siquiera viendo la sangre que salía del cuerpo de su hermana, por los impactos de bala.

—Ángel Prado, vendrás con nosotros —dijo un hombre vestido de negro cuyo rostro fue iluminado por un relámpago.

El pequeño estaba petrificado. Solo el grito de su madre, fuera de su casa, lo hizo espabilar. El pistolero no

pudo impedir que se arrojara por la ventana. Ángel cayó sobre la tierra fangosa, rodando involuntariamente hasta quedar a unos metros de donde veía a su madre arrastrándose.

—¡Dijeron que lo protege...!

Fue lo último que dijo la mujer antes de que una bala atravesara su cráneo. El hombre dijo algo, pero Ángel no pudo distinguir las palabras por sobre el sonido de la lluvia y los truenos.

El ejecutor se acercó a Ángel.

—Traigan un abrigo —ordenó a los otros dos que salían de la casa—. No podemos dejar que nada le suceda.

Ángel quiso gritar. Él mismo no se escuchaba. Sabía que, si despertaba de alguna manera esta pesadilla, todo iba a regresar a la normalidad. Intentó dar media vuelta y salir corriendo de ahí, pero fue sujetado por la enorme mano del verdugo.

Aquella extremidad fue separada del resto del brazo en menos de un segundo. El hombre pegó un grito y cayó de rodillas mientras la sangre borboteaba violenta desde el muñón. La mano seguía apretando su hombro, mientras

Ángel veía a ese demonio que danzaba con los otros dos asesinos: en menos de lo que demora un trueno en retumbar los había matado. Él cayó de rodillas, sus piernas no le obedecían, y el espectro rojo, con espadas en los brazos, se acercó a él.

—¡No debes hacerle daño! —gritó el sujeto que asesinó a su madre—. El futuro depende de...

La punta de una espada sanguinolenta atravesó fácilmente su garganta. El niño tuvo dificultades para distinguir a la roja criatura encapuchada que había liquidado a esos hombres. Una manta cubría casi en totalidad a ese espectro, que limpiaba las hojas de su arma con la lluvia para luego sacudirlas y esconderlas en su traje.

—Vienes conmigo —dijo con una metálica voz, la que provenía detrás de su máscara oscura.

Ángel negó con la cabeza y señaló al cuerpo de su madre.

—No hay tiempo para despedidas —añadió aquel endemoniado ser y cerró sus metálicos dedos alrededor del cuello del niño, para ponerlo de pie—. Vendrán otros más.

—Tengo frío...

—Come esto. —El demonio rojo le entregó una pequeña barra plana que olía a vegetal, era fibra de una planta que él no podía distinguir—. Muerde un poco. Guarda el resto.

Ángel dio tan solo una pequeña mordida y sintió cómo su cuerpo se calentaba. Algo estaba sucediendo con él. Hervía de calor, como si fuera a explotar. Quiso escupir aquella masa que ya se encontraba en camino a su estómago.

Durante tres horas caminaron escondidos entre los densos árboles, ayudados por la oscuridad. En el trayecto escucharon los gritos de sus perseguidores y, por momentos, aquel demonio rojo desaparecía para silenciarlos.

Ángel intentó escapar dos veces, pero su acompañante aparecía a su costado, empujándolo, para que prosiga con el camino. De igual manera no sabría para qué regresaría a su casa. Nunca había ido más allá de las afueras de Vilcashuamán.

—¿A dónde estamos yendo? —preguntó mientras el sol empezaba a alumbrarlos.

—Ya llegamos.

El niño pudo ver ese brazo metálico levantando unas pesadas ramas y observó, a lo lejos, una especie de pueblo con edificaciones nunca vistas, varios autos, camionetas e, incluso, una pista de aterrizaje de aviones. Maravillas que sólo había podido ver en las ilustraciones de los libros que Lourdes le conseguía.

Lo que llenó de asombro a Ángel fue ver esas máquinas bípedas. Eran del tamaño de un árbol viejo, y las piloteaban desde dentro de una cabina de mando que estaba en el centro de la estructura de aquel monstruo metálico.

Al avanzar, se cruzaron con un calvo arrugado con un cigarro en la boca. Éste tenía un complejo sistema de prótesis, como patas de conejo, conectadas a sus muslos. Así, como él, habían más hombres y mujeres con implantes mecánicos.

—No me parece haberlos visto antes. Esta propiedad es privada —dijo el del cigarro.

—Busco a Olokor —respondió el espectro enmascarado.

—Han llegado antes de la hora pactada —escucharon gritar a un alto y obeso sujeto, quien aplaudió mientras avanzaba hacia ellos—. Puedes largarte.

El tipo del cigarro escupió al suelo, obedeció y siguió su camino.

—Así que es él... —Olokor acercó su enorme cabeza hacia Ángel.

—¿Está listo nuestro transporte?

—Y tú debes ser a quien todos temen... Izanami, ¿correcto? —Olokor se aseguró de verse imponente ante ambos. Infló el pecho e irguió sus más de dos metros de altura—. He oído que asesinaste a dos mil miembros del Ejército del Norte, en solo una noche. Es un placer tenerte tan cerca. Me pregunto, ¿cómo es el rostro de una criatura tan aterradora como tú?

Los dedos de Olokor se acercaron a la máscara oscura de Izanami, pero las espadas salieron del interior de su manta roja, cruzadas como una tijera, y tocaron ligeramente el brazo del gigante sujeto.

—Sugiero que te alejes de nosotros, de otra forma perderás el brazo. Además, estoy esperando nos brindes el transporte. Tal como habíamos pactado.

Olokor se sorprendió ante la rapidez del demonio rojo y retrocedió dos pasos, casi cayendo al suelo, para luego soltar una carcajada.

—No puedo dejar que te lleves a ese niño. Es más, si le entrego tu cabeza a Lazarev, él me pagará el doble.

—Se te pagó por adelantado.

Izanami puso a Ángel detrás mientras veía cómo un centenar de sujetos armados los rodeaban.

—Sí —respondió Olokor—, pero tu dinero es nada comparado a lo que me podría pagar Lazarev; o cualquiera de los gobiernos que quieren acabar contigo.

Nueve minutos después, Olokor, sin piernas, se arrastraba por el pavimento. Ensangrentado y mareado, intentaba escapar. Al ver a Izanami sacando una de sus espadas del cadáver de uno de sus soldados, sintió terror.

—¡Eres un demonio! —gritó Olokor, mientras recordaba las imágenes de unos instantes atrás. No entendía cómo ese maldito había acabado con todos sus

mercenarios con tal eficacia y facilidad, usando tan solo dos espadas.

Ángel no se había movido de su lugar. Estaba petrificado. Nunca había pensado, menos imaginado, en la cantidad de sangre que puede derramar un cuerpo humano. Las extremidades de esos sujetos habían volado por los aires mientras que Izanami se movía con tal armonía de un lado a otro sin siquiera notar dificultad. Danzaba, como cuando mató a los asesinos de su madre y hermana. Los mercenarios le dispararon miles de balas, pero ninguna estuvo, siquiera cerca, de darle. El demonio iba con tal velocidad que, para los ojos de Ángel, no era más que una mancha roja desmembrando todo a su paso.

Olokor intentaba llegar a una camioneta. Usando solo sus fuertes brazos se arrastró, y maldijo su estupidez, la decisión de traicionar el pacto que tuvo con esa mujer días atrás. No le interesaba el niño ni lo que significaba para el futuro, pero tal vez podría informar a Lazarev de que una de las paradas de esos dos era la antigua frontera amazónica de Perú y Brasil.

—Sabes que no me cuesta nada darte una muerte rápida —dijo Izanami poniéndose en cuclillas al lado del cuerpo mutilado de Olokor—. Puedo dejarte vivir si programas la avioneta. De todas formas, tienes conocimiento de nuestro lugar de destino.

—¿Y por qué haría eso?! Has cortado mis piernas y acabado con todos mis hombres. Si me dejas vivir soy presa fácil —dijo Olokor conteniendo el llanto—. Lazarev me encontrará y torturará. Ya no me queda nada.

Izanami volvió a enseñar ambas espadas.

—No tienes idea cuanta creatividad puedo tener para hacer hablar a los traidores del planeta.

A unos metros, Ángel veía como Olokor le entregaba un pequeño dispositivo a Izanami. Antes que el niño pueda hablar, el demonio rojo lanzó un objeto circular a sus pies. De este manó un sedante gaseoso que dejó a Ángel inconsciente.

Medio día después, despertó en una cama con sábanas blancas hechas de un material textil que nunca había tocado, eran demasiado suaves como para siquiera sentir las. A su costado encontró una pequeña mesa con un

cilindro al centro, al tocarla emitió un destello y, enseguida, iluminó por completo la habitación.

El demonio que se cubría en telas rojas estaba apoyado de pie, en una de las paredes laterales. Levantó su cabeza dejando ver esa máscara robótica con forma de cráneo.

—Ven conmigo —ordenó.

Ángel se levantó de la cama con dificultad y se dio cuenta que se encontraba desnudo.

—Tienes ropa en el armario. Póntela.

El niño caminó de costado tapando sus genitales. Lo único que encontró fue una túnica hecha de látex.

—¿Puedes voltearte? Por favor...

—Date prisa.

Ángel se colocó aquella prenda que, al contacto con su piel, se ajustó a su talla.

—¿Qué es esto? —Preguntó tratando de estirar el látex de su área pectoral.

—Vamos, nos están esperando —dijo Izanami ignorando la pregunta.

Caminaron por los pasillos oscuros de aquel lugar semejante a un monasterio. Se cruzaron con hombres y

mujeres que caminaban mirando al suelo, como si tuvieran miedo. Ángel entendió que evitaban la figura de Izanami. Realmente se veía aterrador en la oscuridad.

Llegaron a un salón donde se encontraba una mujer de cabellera dorada, la que estaba arrodillada frente a una fogata.

—Por fin, Ángel —dijo la rubia poniéndose de pie—. He esperado mucho por este momento.

Izanami le dio un ligero empujón al niño para que se acerque.

—Mi nombre es Aurora —dijo la mujer y le regaló una sonrisa—. No tenemos la intención de hacerte daño, aunque nuestro principal objetivo...

—Mi mamá murió —interrumpió Ángel—. Mi hermana también ¿Por qué lo hicieron? —El niño comenzó a llorar y cubrió su rostro con ambas manos.

Aurora tendría cuarenta años. Llevaba una túnica parecida a la de una monja y sus ojos verdes resaltaban detrás de unas gafas de lunas delgadas.

—Lamento la pérdida que has tenido, pero tu sola existencia forma parte de algo más importante que vivir en

un lugar como Vilcashuamán, en la parte central de lo que fue Perú.

—¿Fue? No entiendo.

A pesar de que Ángel nunca había salido de la ciudad en la que vivió trece años, sabía que el mundo era separado por países, continentes y mares.

—Será mejor que prestes atención. —Aurora tomó asiento en un sillón mientras Izanami se recostó en el marco de la puerta. Ángel escuchó atento cómo el mundo se había terminado unos años atrás—. Desconozco el alcance de información que tienes sobre lo que ha sucedido desde el día que naciste. Pero vamos un poco más atrás. En el año 2027 se arrojó la primera bomba, una pandemia gripal acabó con el seis por ciento de la población mundial. El impacto no fue justamente hacia las personas, sino hacia la economía de algunos países que no tuvieron otra que reajustarse mediante guerras. Los conflictos bélicos trajeron más muertes y los líderes mundiales tardaron en comprender que las guerras no las ganas acabando con la población rival sino con su economía. En el 2024 atacó otro virus que fulminó el

quince por ciento de Europa y gran parte de Asia. Como el anterior, nunca se supo si fue ocasionado por un laboratorio, o de manera natural, ya que los países volvieron a enfrentarse. Tras la muerte de su líder supremo, a un general norcoreano no se le ocurrió mejor idea que comenzar a lanzar misiles a lo que antes fue Estados Unidos, ocasionando una nueva guerra mundial como nunca antes presenció la raza humana.

—Eso no figura en los libros de historia. Además, no tiene nada que ver con el asesinato de mi mamá y mi hermana.

—Créeme que tiene que ver. En el año 2027, cuando el mundo estuvo a punto de llegar a su fin por la cantidad de misiles y bombas detonadas en su superficie, el planeta contraatacó. El 15 de octubre, un cataclismo sacudió cada centímetro del planeta ocasionando los más fuertes terremotos, huracanes, maremotos y fenómenos naturales jamás vistos. De manera tan agresiva que, de la población que aún se mantenía en pie, más de la mitad fue reducida y sepultada.

—¿15 de octubre? —Preguntó Ángel.

—Así es, un día como hoy. El día y momento en que naciste.

—Pero nunca he sabido nada de lo que me estás contando.

—Porque nunca quisimos que lo supieras.

—¿Quiénes son ustedes? —El niño se alarmó retrocediendo unos pasos.

—Pertenece a un grupo de personas que intentan proteger la voluntad del planeta. ¿Has visto a un bebé en tu vida? ¿O a alguien menor que tú?

—¿Qué...?

—El contraataque del planeta fue en parte un cataclismo y en parte la emanación de una toxina natural que ha estado en el aire durante todos estos años. No se ha encontrado forma de combatirla ni eliminarla. Todos los seres humanos la tenemos en nuestro organismo, pero solo afecta al género masculino alterando la espermatogénesis y volviéndolos estériles.

—Es decir, que desde hace 13 años no ha nacido nadie más.

—Fuiste el último. Aunque sabemos que existen dos más que nacieron el mismo instante que tú, pero la logística para traerlos es mucho más complicada que la que usamos contigo. Y te preguntarás, ¿qué los hace especiales? Aparentemente al momento salir del cuerpo de tu madre mientras la toxina era liberada te otorgó inmunidad.

—¿Cómo?

—Sé que es difícil de comprender, como de explicar, pero tal vez eres el único hombre que puede engendrar en el mundo.

Ángel trataba de ordenar sus ideas, pero sus pensamientos fueron interrumpidos por la suave voz de Aurora.

—Entiendes por qué te hemos traído.

—Señora, usted dijo que iban a seguir la voluntad del planeta...

—Así es, nos encargaremos de que no vuelva a nacer otro ser humano.

Ángel, volvió a retroceder. Giró y vio cómo Izanami se desprendía del marco de la puerta. El demonio rojo lo

mataría en ese momento o, por último, cortaría sus genitales.

—Te dije que no tenemos la intención de hacerte daño. Pero si el futuro del planeta dependiera de tu vida, no creas que voy a detener a Izanami. Le daría la orden de cortar tu cabeza.

—Pero entonces...

—Te irás con ella —ordenó Aurora y señaló al demonio rojo.

«¿Ella?», se preguntó Ángel en su mente, «¿es una mujer?»

—Será tu protectora hasta nuevo aviso. Van a esconderse por un tiempo —dijo Aurora—. Instituciones con otros ideales, pero con más poder quieren todo lo contrario. Su intención es capturarte con vida, llevarte a un laboratorio y que pases el resto de tu existencia atrapado, mientras te drenan cada gota de semen. Así hasta que se pueda concebir otro ser humano.

Cansada, Izanami cayó rendida en la cama de su habitación. Le costó volver a ponerse de pie para quitarse

la máscara. Sintió cómo las agujas salían de su rostro. Ya hace mucho que no la hacían sangrar y cada vez dolía menos. Dejó el metal en una cómoda y se quitó la capa roja que cubría todo su cuerpo colgándola en un perchero. Con mucha delicadeza se desvistió, dejando sobre una silla el traje de látex cibernético que la protegía de ciertos ataques. Se acercó al espejo de su cuarto y vio su delgado cuerpo con extremidades superiores robóticas. Ambos brazos los había perdido mientras se volvía una máquina de matar.

De pronto escuchó el primer bombazo. Sonó la alarma, estaban siendo atacados. El segundo impacto lo sintió más cerca, cuando entró Aurora a su habitación trayendo a Ángel.

—¡Llévatelo! Ya sabes dónde tienes que ir.

El niño no pudo ver el rostro de Izanami antes de que se vuelva a poner la máscara.

—No te preocupes por mí —prosiguió Aurora—. Te enviaré órdenes cuando estemos seguras.

—Sí, señora.

—Y por nada en el mundo dejes que se lo lleven. Sabes lo que tienes que hacer como último recurso.

Aurora dio media vuelta y se perdió en la oscuridad del monasterio que se caía a pedazos.

***Primer capítulo de la novela “En el nombre de La Tierra” de Augusto Murillo de los Ríos.**

Daniel Salvo

EN LAS ALTURAS



Nos ha tocado la parte más ardua tras la catástrofe que castigó a las ciudades costeras. Mucha gente huyó de nuestras ciudades, otros se suicidaron al saber que ya no habría internet, electricidad ni dinero. Pobres, no podían vivir de otra manera. Nosotros acudimos a nuestras costumbres y saberes que nunca habíamos olvidado, resguardados en los ayllus más remotos. Los varayocs lo hicieron: volvimos a la minka, a compartir, a trabajar la tierra como quien cuida y conversa con una madre risueña y esforzada.

Pero no renegamos del saber de las ciudades, no somos ingenuos. Adaptamos las máquinas que usan el viento, el agua y el rayo, no las que succionan la sangre de la Pachamama y no devuelven nada. En menos tiempo del pensado, volvieron la electricidad y las noches luminosas, contactamos con otras ciudades. Una red de arrieros nos comunica sin prisas con el resto del mundo. Los niños consideran un castigo un día sin escuela, donde aprenden cómo las máquinas también son hijas de la tierra, y que la luz de sus lámparas es como una sonrisa del rayo.

Sí, vivimos bien, y tal vez seamos los primeros seres humanos que lo sabemos. La historia del mundo-que-falló nos dice que la gente antes tenía tanto miedo, que no podía dejar de destruirlo todo, a la tierra, a sus hermanos y a sí mismos. Aun así, nos tocó cuidar de lo que quedó de ese mundo, los sobrevivientes de las ciudades, muchos de los cuales han tratado de convertirnos en su reflejo. No nos quedó más remedio que usar sus propias máquinas de muerte contra ellos. Al final, encuentran lo que buscan: sus ojos brillan, afloran las sonrisas cuando ven un arma.

No se dan cuenta de cómo los dividimos, cómo al final son ellos mismos quienes desencadenan todo y acaban matándose entre sí. Les ofrecemos todo, pero es inútil. Buscan lo que no tenemos, dinero o poder, y tratan de volverlos a crear, a introducirlos entre nosotros. Y entonces, comienza el ciclo de nuevo. La naturaleza no es cruel, ellos lo son. Es como podar ramas de un árbol. Cada vez quedan menos, dicen nuestros quipucamayocs. En cambio, nosotros prosperamos y nos hacemos más numerosos.

Hablaba de la tarea más ardua, que consiste en injertar a los hijos de las ciudades con nosotros. Algunos se curan, otros, en el fondo, siempre fueron nuestros hermanos. Pero tienen que aprender a vivir entre nosotros, con nosotros, como nosotros. Y los veo empuñar las palas, alimentar el ganado, cuidar de los niños, aprender a compartir. Sí, son como niños grandes y mimados, que reniegan por sus manos llenas de ampollas o por sus finos zapatos que pronto se echan a perder, y tantas otras cosas que pronto pierden importancia para ellos. La Pachamama lo sabe y los comprende. Pronto la ven sonreír, la oyen cantar, y entonces ellos también empiezan a hablarle, a contarle sus cosas.

El pasado y el futuro viven en nosotros. Por ahora estamos en las alturas. Hasta que volvamos a recorrer el mundo y las estrellas.

Leysa Yañez

SEMILLA DE VIDA



¿Alguna vez te has preguntado lo que pasaría si fueras capaz de trascender? No sólo de una manera mental o intelectual, como cientos de escritores o científicos, sino que... Ir más allá de la muerte. Y volver. Yo sí. Incluso tuve la oportunidad de vivirlo. Me presento, soy el cabo Ricardo Díaz y esta es mi historia.

Nací en un barrio pobre, en uno de esos en los que la mayoría de gobiernos del mundo nunca miraría. Había muchas formas de quedarse, pocas de salir, menos de salir con éxito, así que me enfoqué en la manera más legal de hacerlo. O al menos la que yo tenía más a la mano de ellas, considerando mis habilidades. Me uní al ejército, esperaba que eso me sacara del agujero en el que había vivido toda la vida. Y en efecto, me sacó. Viajé a los lugares más peligrosos del mundo y me encontré con mucha gente de lo más agradable. También a otros que no lo fueron tanto. Ahora que lo pienso, de no haber sido la alternativa peor, ni se me hubiera pasado por la cabeza ir a alguno de esos. Debí saber que eso tenía una razón.

El vagón número treinta de provisiones que transporté fue el último de mi antigua vida. Estaba estacionado en Irán en ese momento, pensando que me faltaban sólo dos años para poder solicitar un cambio de estación y vivir más cómodamente cuando un BOOM y una nube de humo cambiaron toda mi vida. O al menos así debería decirse... no lo sé. ¿La acabó? ¿La transformó? Lo único que sé es que tras lo que me parecieron segundos, desperté en una habitación llena de máquinas futuristas que no podía entender, gritando y sin comprender cómo había acabado ahí. Y cuando me miré al espejo por primera vez... Dios, ese no era yo. Un chico adolescente al que no podía reconocer de nada me miraba desde el espejo. ¿Cómo podía ser yo? Antes de poder preguntar me encontré empujado dentro de otro cuarto, junto con otros adolescentes, que caminaban por todas partes.

—Ya trajeron a otro, qué alegría —comentó uno de ellos con sarcasmo—. ¿Y? ¿Qué tal fue la experiencia conejillo de indias? ¿Tan buena como esperabas?

—¿Qué conejillo? ¿Qué ha pasado? —le seguí la conversación.

—¡Anda, que el niño no sabía a qué se estaba metiendo cuando firmó un contrato con el ejército! Debiste haber leído las letras pequeñas antes de poner tu firma ahí, jovencito. Entonces sabrías que no estabas entregándoles solamente tu vida, sino tu alma —refunfuñó enojado—. En fin, dudo que hayas sido el único afortunado. Pronto llegarán más como tú para llenar estas salas. — Echó agua en una maceta donde crecía una extraña planta blanca que enseguida se iluminó, llenando la estancia de una luz azul. —Juro que son lo único bueno que hay aquí.

—Supongo que... —empecé, ansioso por regresar a la conversación anterior—. Supongo que no firmaste ningún permiso.

—Oh, no, fui de los criminales utilizados para asegurarse de que este proyecto fuera seguro antes de utilizarlo en los ciudadanos buenos como tú. Arlo Gianelli a tu servicio. Sabrás de mí por algún que otro reporte televisivo. —Di un paso atrás. Claro que conocía ese nombre, él había asesinado al menos a treinta policías por orden de la mafia siciliana antes de ser detenido en

Estados Unidos—. Vaya, es una novedad. El último resucitado era demasiado joven para conocerme.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que los otros como yo, esperar a que nuestros estimados hospedadores decidan mi destino. Llevo en esta cárcel diez años esperando lo mismo—. Acarició una flor blanquecina del tallo—. Pero no te preocupes, eso no te pasará a ti. Serás liberado uno o dos días después de tu intervención, si no hay complicaciones. Disfruta tu vida allá afuera.

Mi vida, pensé en ese momento, ¿todavía tenía realmente una? No podía decirlo. O al menos no aún, sin haber visto lo que era el exterior y lo prometido. Había sido traído de nuevo de la muerte... ¿Con qué propósito?

No fue la última vez que hablé con el extraño prisionero acerca de las circunstancias de mi resurrección. O con alguien del centro. Y antes de salir de ahí me mostraron el cuarto de máquinas, donde pude apreciar el proceso. Vi los embriones, las tabulas rasas donde se escribían las memorias de los muertos, guardadas en computadoras. Vi los largos cables que se conectaban al

mismo cerebro casi completamente formado de un feto, pasándole información acerca de la persona a la que iba a revivir.

Cada sentimiento, cada idea, cada memoria... Todo lo que formaba la identidad de la persona, robada de su cerebro al momento de la muerte, guardada como unos y ceros dentro de una memoria y ahora convertida en material biológico de nuevo por unos cables que transforman la información en neurotransmisores. Luego se retiran, trabajo terminado. Sólo faltaba que pasaran unos cuantos días, para que alcanzara la edad de 16 años físicos y pudiera salir al mundo.

—Es una mierda —dijo mi compañero de cuarto mirándose al espejo con furia—. En mi antigua vida yo era todo un galán, ¿lo sabías? Me divertía con una chica diferente cada noche. Mírame ahora, atrapado en el cuerpo de un adolescente sin gracia.

—Yo creo que es una mejora a lo que informaron los noticieros.

—¿Quieres ponerle un poco más de atención a esto? — Se volteó, de repente furibundo—. Esto es serio. Esto. —

Se señaló la cara—. No soy yo, definitivamente no soy yo. Es un extraño completamente. —Me encogí de hombros—. Nuestra identidad nos ha sido arrebatada, ¿eso no te molesta?

Hum... —«No particularmente. Mi apariencia anterior no era precisamente mi favorita. No es que fuera horrendo, pero no me complacía tanto. Este cuerpo, en cambio, se acercaba más a mi ideal. Y seguro que sería más fácil mantenerlo en forma»—. Me conformo con tener una segunda oportunidad. Tú deberías, ¿o no querían matarte cientos de mafiosos?

—Sigue pensando así y caerás en su juego —dijo mientras se dejaba caer en la cama—. Aunque quizás eso sea lo mejor. Así te irás más rápido de aquí, para que al fin pueda tener un compañero decente.

Tal y cómo Arlo me había dicho, unos días después salí del complejo. Los acomodadores me dieron un pequeño departamento en una zona de la ciudad que, mientras que no era un portento, se veía mucho mejor que aquella en la que había nacido. Miré alrededor sin comprenderlo, los edificios estaban hechos de plantas vivas, las lámparas

también eran flores fosforescentes, todo se veía tan lleno de vida. Te inspiraba. Mucho más que el concreto y el acero en el que había estado atrapado en el pasado.

Entré a mi cuarto y le di agua a una de mis plantas. En verdad, Arlo tenía razón. Esas pequeñas amigas eran lo más impresionante que tenía este mundo. Y, por primera vez en este viaje, me vi agradeciendo mi segunda oportunidad. Algo que no hubiera tenido si las políticas de control de población no hubieran bajado la población tanto, que los gobiernos tuvieron que recurrir a medidas extremas para recuperarla. O al menos eso fue lo que me explicó el acomodador al que asignaron mi caso cuando lo conocí. No me caía bien, era un viejo estirado con apariencia de terapeuta, pero nada de la gracia de uno.

—El programa fue inventado para suplir de nuevos jóvenes fuertes a la población, ahora que la cantidad de ellos es muy reducida —dijo él con los ojos entrecerrados por el sueño y un tono que me mandaría a dormir en cualquier momento de no ser por lo nervioso que estaba. Ese era el mundo al que saldría, ¿no podía ser más entusiasta al explicarme sobre éste? —. En el 2465 la

población había aumentado tanto, que debieron ponerse firmes o la falta de recursos se haría crítica. Así que se tomaron medidas extremas como introducir transgénicos con efectos anticonceptivos a la dieta humana, poner un límite a la cantidad de hijos por familia.

—Veo que eso a la larga funcionó demasiado bien — comenté sin poder contenerme, balanceándome en la silla. Él me miró con ligeramente más interés que antes.

—Usted en particular debería estar agradecido por esto, ¿no lo cree, señor Díaz? Porque quiere estar aquí, ¿no es cierto? —nos quedamos observándonos un rato, la respuesta tácita entre nosotros.

Un golpe en la puerta llamó mi atención, sacándome de mis recuerdos. La abrí y me encontré a una chica sonriéndome. Llevaba en las manos una taza de té, que se apresuró a entregarme. Se llamaba Diana. Se enteró de que era nuevo en el programa y se apresuró a verme, porque sabía que no era fácil aclimatarse. Deseaba ayudarme, hacérmelo más fácil.

—Yo me moría de cáncer —empezó a explicar ella, moviendo su poblada melena caoba—. Hubo un accidente

en la planta nuclear cercana a dónde vivíamos. Por suerte cambiaron esas cosas por energía limpia, ¿Quién sabe cuántos más hubieran tenido que morir si no lo hacían?

—Sí, muchos —le seguí la corriente.

—En fin, supongo que tuve suerte en algún sentido. — Ella dijo, juntando las manos—. Mi padre sabía que no iba a poder salvarnos, así que firmó la autorización para donar nuestros cuerpos a la ciencia.

—¿Nuestros?

—Mis hermanos... no te los he mencionado, perdona. A veces olvido que no todos nos conocen...

—Tener hermanos es extraño en este mundo, ¿no?

—¡Ni te imaginas! —. Ella rio, y la percibí como una brisa cristalina, dejándome ansioso por alguna razón—. En fin, donó nuestros cuerpos, pero el gobierno tomó nuestras mentes también. Nos resucitaron hace unos meses y estamos tratando de hacer algo con nuestras vidas desde entonces. —Acarició una planta—. Después de todo, somos semillas de vida y todo eso.

—¿Qué?

—Ah, ¿no sabes? Es el nombre del proyecto. —Negué con la cabeza—. Esos tontos debieron haberte dicho algo. ¿Cómo pudieron enviarte a la calle sin información tan básica?

—No debería quejarme.

—Supongo que no. —Diana revolvió su cabello otra vez—. En fin, ¿ya has planeado algo para la tarde? Porque tengo lugares increíbles que mostrarte. Puede que incluso encuentres una profesión para el final de la tarde... si no estás ocupado, claro.

—Sabes, no planeaba irme a ninguna parte.

Manuel Alonso Navazar

NUEVAMENTE, LA VIDA



Hoy se cumplen doscientos años desde la catástrofe y las cosas parecen mejorar. Los árboles, fuertes y macizos, no dan señal alguna de debilitamiento y muestran unas hojas tan verdes y llenas de vida de aquellos bosques que antaño poblaron gran parte de este mundo. Mucho antes de que el aire se pudriera y tuviéramos que irnos a vivir en el subsuelo. No obstante, todo parece indicar que las cosas podrían volver a ser lo que antes eran, con los hombres repoblando un mundo nuevo. La gran oportunidad, tan anhelada, se abre ahora frente a ellos, pero aún es necesario esperar.

En tres días, este cedro cumplirá setenta años. Recuerdo la vez que lo planté, cargado aún de incertidumbres por el temor de que no llegara a germinar y crecer sin problemas en un ambiente todavía corrupto. Quién diría que llegaría a convertirse en un árbol fuerte y frondoso. Ahora, en compañía de otros más jóvenes que él, exhibe su imponencia cual patriarca digno de veneración y respeto.

Hanson, mi padre, llegó a contarme que los antiguos egipcios utilizaban su aceite para embalsamar a sus

momias, y que el rey Salomón construyó su palacio empleando su recia madera. Me pregunto cuál sería su reacción si siguiera con vida, al ver que aquel sueño por el cual tanto luchó tornábase ahora posible. No obstante, como todo organismo mortal, le tocó también el tener que cumplir con un ciclo de vida.

—Debes, por sobre todas las cosas, ser consciente de que este reducto debe permanecer en secreto, hasta que sea el momento oportuno de darlo a conocer al mundo.

—Sí, padre.

—No viviré para verlo, pero estoy seguro de que tú tendrás éxito. Los hombres, a pesar de todo, merecen una segunda oportunidad. Nuevas generaciones llegarán y no cometerán los errores del pasado. Pero antes, deberás cerciorarte de que así deba darse.

—Sí, padre.

—La educación, todo radica allí. Una correcta educación ilumina las conciencias y nos hace amar la vida. Qué alma instruida de ese modo podría atentar contra aquello que le sirve de hogar. Pero antes, repito,

deberás cerciorarte de que así deba darse, sino, nuevamente, estará todo perdido.

—*Sí, padre.*

Esta isla es el último reducto de un mundo que alguna vez llegó a ser y que ahora tiene la oportunidad de volver a existir. Por tal razón, mi padre le puso el nombre de Esperanza. Alejada de todo, era el lugar ideal para llevar a cabo nuestro plan. Mi padre fue un gran previsor, desde hacía un buen tiempo, había ido juntando y preservando semillas de todas las plantas posibles, llegando a viajar a lugares remotos e inhóspitos para hacerse con los más raros y exóticos.

«*Si vamos a recuperar el mundo, deberá ser del modo más completo posible*», llegó a decirme al momento de plantearme la empresa. Ya para ese entonces, los hombres usaban bombas de oxígeno que, a medida que el aire se fue corrompiendo cada vez más, se fueron tornando más caras. Muchos llegaron a morir por el simple hecho de no poder adquirirlas.

Del mismo modo, mi padre, con la ayuda de otros hombres de ciencia, fue juntando y preservando genotipos de los más diversos animales que poblaban el mundo, o, dicho de un modo más exacto, lo que quedaba de él. Una gran variedad de especies había llegado a extinguirse, perdiendo para siempre la oportunidad de ser devueltos a la vida.

Para cuando mi padre se hizo un anciano, ya la vida en la superficie se había vuelto imposible. Las ciudades subterráneas, que en un principio se erigieron como refugio de gente pudiente, fueron invadidas por personas de todo estrato social. Desde entonces el hombre no ha vuelto a ver la luz del sol.

Ahora, esta isla es el único puente que nos conecta con ese mundo. Su cielo incubaba un aire cada vez más respirable gracias a los fuelles gigantes que mi padre y sus colegas construyeron y que, poco a poco, han ido convirtiendo estos parajes en un ambiente menos tóxico. Viéndolas ahora en todo su esplendor, las estrellas parecen indicar que no todo está perdido y que, como su nombre lo

indica, esta isla es para el hombre el último reducto en el que su esperanza ha sabido mantenerse con vida.

«Ten en cuenta que el abeto es un árbol conífero que puede alcanzar los ochenta metros de altura. Crece, generalmente, en tierras elevadas y climas húmedos y fríos».

Ante esta indicación de mi padre, fue necesario preparar el terreno ideal para cultivarlo, trabajo nada sencillo en una isla naturalmente tropical. No obstante, a raíz de la intensa polución, el suelo dejó de ser el mismo e hizo posible que ciertos parajes pudieran ser adaptados para el crecimiento de una vegetación habituada a otras latitudes.

A pesar de ser un hombre de ciencias, mi padre consideraba al abeto como un árbol sagrado. Me contó la historia de San Bonifacio, quien, en un acto de fuerza, se dio a la tarea de derribar muchos árboles de diversos tipos solo con el uso de sus brazos, siendo el abeto el único que

no pudo tumbar. De ahí, me dijo, que se tomará por costumbre el emplearlos como adornos navideños.

Recuerdo, por cierto, la última Navidad que pasé junto a mi padre. Maravillado, me mostró lo que un amigo suyo, científico de profesión al igual que él, le había dado a modo de obsequio.

«Aquí yace una muestra de ADN de lo que alguna vez fue el pájaro Dodo. Era un ave hermosa, a juzgar por los retratos que se hicieron de él, y que el hombre cazó indiscriminadamente en el siglo XVII hasta llevarlo a su extinción. Incentivó mi imaginación desde que era un niño y ahora lo tengo aquí, en mis manos, esperando renacer en un mundo donde sea al fin libre y viva alejado de todo peligro».

No obstante, unos meses después moriría sin haber llegado a materializar ese sueño. Ahora, en medio de este bosque de abetos, me imagino a los dodos invadiendo cada rincón, junto a otros tipos de aves cuyos cantos me

habrán de mostrar lo que fue aquella vida en la que el hombre y la naturaleza convivían aún en relativa armonía.

En su lecho de muerte, mi padre me dijo que, en adelante, dependería enteramente de mí el concretar que el proyecto de un nuevo mundo se convirtiera en realidad. Me dijo también, entre otras cosas, lo orgulloso que llegará a sentirse de mí:

«Te queda por delante una ardua tarea que, estoy seguro, cumplirás de la manera más acertada posible. Precisamente por esa razón no te di sentimientos, porque no quise que sintieras lo que es estar solo, y vaya que lo estarás por muchísimo tiempo, tal vez siglos quién sabe. Hasta que las circunstancias te sean propicias para darte a la tarea de repoblar este mundo. Aún así, has cumplido, y con creces, la ausencia de un hijo».

Y murió, sin saber que ello produciría en mí un ligero dolor que, desde entonces, no he llegado a sentir nuevamente (o, tal vez, y lo creo hoy de manera más firme, no he querido volver a sentir). Ahora que el

proyecto va adquiriendo con el tiempo una forma más coherente, no puedo dejar de preguntarme cómo es que el hombre pudo llegar a destruir algo como esto. Qué instinto pudo haberlo incitado a terminar con una realidad que nadie esperaba terminará convirtiéndose en quimera. Una realidad negada a aquellas generaciones que vinieron y que no tuvieron la oportunidad de disfrutar y gozar de su cobijo. De mí depende ahora el poderles brindar. Solo espero que esta vez no desvíen el camino.

Aquí, en medio de este bosque de abetos, estoy a punto de soltar al primer dodo a la vida silvestre. Luego de casi trescientos años, será el primer animal que pise este mundo nuevo, el mismo que se irá expandiendo de a pocos para volver a instaurar la vida en La Tierra.

Bruno C. Tello

UN FUTURO INCIERTO



Ha pasado más de un año y las industrias farmacéuticas y los científicos del mundo aún tratan de descubrir la cura contra un virus animal que, tal vez, fue manipulado por un grupo de científicos vanidosos, provocando que mutara tantas veces, que se volvió sumamente peligroso. Lograron contaminar gran parte del aire del planeta, haciendo imposible salir a las calles si no es con un tanque de oxígeno sobre la espalda.

Es viernes, otro día desolador observando desde mi ventana lo demacrado que se ven mis vecinos. La economía sigue paralizada y las restricciones son cada vez más estrictas, todo de mal en peor. Agradezco que estoy bien de salud, pero sigo deprimido, a pesar de que junto a mi familia logramos comprar a tiempo reservas de alimentos para subsistir un año más, la depresión es por haber dejado lo que en algún momento me daba mil y un motivos para disfrutar de la vida: viajar.

Por las calles se ven frases imprudentes y motivadoras de los más avezados. Sí, esas personas que desafían al Gobierno porque según ellos no hacen nada. Y puede ser,

pero también porque se cansaron del confinamiento. Suelen pintar en las paredes frases como "Esto es una farsa", "Un futuro esperanzador", y demás mensajes, mientras caen adoloridos en el camino de concreto donde dan su último suspiro. Así es como las calles de la capital limeña se han vuelto un fúnebre artístico, de frases y muertes solitarias en símbolo de protesta ante un enemigo invisible. Pero ya no quiero recordar más, y solo me siento en la cama de mi habitación y prendo el televisor. Es difícil ver los noticieros, la situación no es alentadora y las muertes son cada vez más frecuentes. Observo el ropero, y está desarmándose por partes, como también se me desarma la vida y mi cámara fotográfica, ya casi inutilizable.

Me recuesto en la pared, desolado y pensativo, mirando en mi escritorio unas fotografías de un viaje que hice a la selva central hace tres años, y que revelé hace unos días en un cuarto oscuro improvisado. Observo la fotografía y recuerdo ese momento, ese rostro asháninca: era una joven de ojos achinados y una sonrisa contagiosa. También recuerdo a esos científicos e ingenieros en sistemas, que

realizaban pruebas con aparatos raros y computadoras de última tecnología. Recuerdo esa conversación, ¿será que lo habrán logrado?

Me levanto apresurado y empiezo a buscar la libreta donde apunté el número celular de Richard, el científico al mando del proyecto. He desordenado toda mi habitación, pero no me importa. Abro las últimas cajas, y ahí está la libreta y el número garabateado en una de sus hojas. Agarro el celular y marco apresurado los nueve dígitos, cruzando los dedos con la esperanza de que responda la llamada.

—Buen día —saludo entusiasmado.

—Hola, ¿con quién tengo el gusto?

—Hola, ¿Richard Estrada? Espero te acuerdes de mí. Soy Bruno Tello, el fotógrafo que conociste en la comunidad nativa de Parijaro, en Satipo.

—¿Bruno?, ah sí. Bruno, ha pasado mucho tiempo, ¿cómo te va?

—Pues, ya debes saber que no tan bien, como la mayoría de sobrevivientes.

—Sí, tienes mucha razón, la situación no mejora.

—Richard, espero no ser imprudente, pero seré directo. Dime, ¿qué pasó con tu proyecto?, ese que tus colegas y tú experimentaban con máquinas de última tecnología, y los viajes más allá de la vida actual.

—Han pasado muchos meses y el gobierno aún no me da la autorización de poder realizar pruebas en humanos. También por lo difícil que alguien quisiera someterse a una de esas pruebas.

—Pero entre ustedes, ¿han realizado pruebas?, no sé, con tus colegas tal vez, sin que nadie lo sepa.

—La verdad es que no se atreven, porque aún no descubrimos la fórmula matemática de cómo regresar del viaje electrofuturista. Así lo he nombrado.

—Y para descubrir esa fórmula, ¿qué es lo que falta?

—Que haya una persona voluntaria que soporte el proceso de las mesas biodigitales y las ondas binaurales en todo el cuerpo. Hasta que logre viajar en el tiempo hacia el futuro, y pueda manipular los códigos que envíe a la laptop que llevará consigo —comenta entusiasmado.

—Bueno, Richard, estaba pensando en que los puedo ayudar. Tal vez sometiéndome a la prueba y así buscar una vacuna contra el virus.

—No es tan fácil como parece, ya sabes: la burocracia, los intereses de por medio y la información clasificada más allá de lo que te expliqué aquella vez. Parece que eres una persona confiable, pero prefiero ser precavido.

—Mira, verás, tengo mucho que perder. Vivo con mi familia, y al igual que a mis amigos, los veo sufrir ante esta situación. Sé que puedo morir, pero necesito, o, mejor dicho, necesitamos saber si hay alguna esperanza para este mundo.

—Lo sé perfectamente, créeme que soy el primer interesado en que este proyecto funcione y así, encontrar alguna cura. Pero también es un negocio que me arreglaría la vida. Así que necesito esperar, y tener al mejor postor presente en las pruebas...

—¿Acaso es más importante el dinero? ¿En estos tiempos?

—No, pero he trabajado toda mi vida en este proyecto, y solo...

—Richard, este virus terminará matando a toda la población mundial. Cada vez se vuelve más mortal, y lo sabes perfectamente. Tienes dos hijas, ¿verdad?

—Sí, Fiorella y Milagro, pero yo...

—¡Richard estás siendo egoísta!, acaso no quisieras que vivieran lo que en algún momento nuestra generación vivió, esa esencia de luchar por la libertad, de estudiar y viajar —alzo la voz ofuscado.

—Deseo todo el tiempo que mis hijas, lo máspreciado que tengo en esta vida, disfruten de un futuro prometedor.

—¿Entonces? Ya no hay tiempo que perder. Tenemos que realizar las pruebas lo más pronto y luego vendes tu patente a quien quieras. No te voy a defraudar —respondo dudoso.

—¿Estás seguro? Es un proceso peligroso.

—Totalmente seguro.

Dos semanas después veo llegar una enorme camioneta color negro que incrusta un ducto plegable hasta la puerta de mi casa. Sé que son ellos y los hago pasar. Desempacan cualquier cantidad de computadoras, laptops y torres de

servidores. Richard enciende el ordenador principal, me pide que traiga cualquier fotografía digital y me pregunta si estoy preparado. Lo noto nervioso y decido no contestarle. Subo apresurado a mi habitación, prendo la computadora y transfiero varias carpetas con fotografías a mi disco duro portátil y bajo lo más rápido que puedo.

—Richard, acá están —muestro el disco duro portátil.

—Perfecto, ahora siéntate y coloca los brazos encima de las mesas biodigitales que están conectadas con el ordenador. No te muevas. Necesitamos colocar los electrodos y auriculares de larga densidad.

—¿Sentiré algo?

—Sí, sentirás mucho frío mientras te vas desvaneciendo.

—Espera, ¿me voy a desvanecer?

—Te enviamos toda la información a tu correo personal.

—Lo sé, continúen. Cualquier cosa que pase, dile a mi familia que los quiero, en especial a mi madre.

—Les haré saber Bruno, pero confiemos en que todo saldrá bien.

Admito que tener estos electrodos en casi todo el cuerpo me causa temor, pero vamos, no hay marcha atrás. Solo me concentraré y en un abrir y cerrar de ojos todo esto habrá funcionado. Las plataformas biodigitales han enfriado mis brazos hasta el punto de no sentirlos más, no sé si esto sea normal, pero me siento cada vez más adormecido mientras observo tres enormes proyectores que muestran la fotografía de uno de mis viajes.

—¡Bruno! Te tomaremos el pulso —dice algo nervioso.

He pasado más de media hora viajando entre mis recuerdos, y siento una lengua pegajosa recorriera mi rostro. Mis sentidos se van recuperando, y ahora puedo oler, es un aroma que me trae muchos recuerdos. De pronto logro ver los enormes ojos de una vicuña que intenta lamerme de nuevo, pero retrocedo sorprendido y me pregunto dónde estoy. Aún no ubico el lugar, y camino rumbo a una pequeña laguna por donde pasan corriendo grupos de auquénidos, y cientos de aves volando por encima de los matorrales. Sentía libertad pura, sin mascarillas ni restricciones. Después de mucho tiempo me había conectado otra vez con la naturaleza que

parecía habernos abandonado. La diferencia de mi mundo con éste era abismal, y era de esperarse, la naturaleza había devorado todo lo que el humano construyó sin límites y que llamó civilización.

—¡Bruno!

Logro escuchar su voz desde los auriculares.

—¿Richard?, estoy bien, ¿me puedes oír? — balbuceo—. Richard, esto es increíble. Estoy en un futuro muy lejano donde el virus se neutralizó y el aire se purificó.

—Es muy probable, parece que esta carretera no la han utilizado hace mucho tiempo.

—Es probable que las personas hayan tomado conciencia limitando sus áreas urbanas respetando el hábitat de la diversidad biológica —respondo.

De la mochila que llevo puesta, saco la laptop que Richard me entregó. Recuerdo que tengo que abrir el mismo programa que él está utilizando en la computadora que está instalada en mi casa. Así que abro la laptop, la prendo, pero la cierro rápidamente. Algo dentro de mí, me dice que no lo haga, que no regrese al pasado. Tan solo

pensar en que tengo que volver a esa época, donde la tragedia continúa, me estremece, y más aún si sé que Richard puede estar mintiendo.

—¿Richard?

—Bruno, ya estamos listo para...

—No lo haré.

—¿Qué estás diciendo?

—Si vuelvo ¿Qué pasará?, ¿viajaré otra vez? ¡Qué pasará!

—Sí, viajarás otra vez —se le escucha dudoso.

—Vamos, hombre, sincérate.

—Bueno, también darle las pruebas al Gobierno y que todo esto sea legal y luego vender la patente, mira, no me hagas enfadar.

—Y luego será un servicio exclusivo para millonarios, y ¿los de menos recursos?, volveré cuando encuentre alguna cura para ese virus, si es que la hay en esta época.

—No me hagas perder el tiempo con esas pachotadas. Solo tienes que prender esa maldita laptop, cumplir tu parte. Haré las pruebas con otra persona.

—Sabes que será difícil. El gobierno vigila a todas las personas. Tal vez nos estén observando ahora mismo. Perdóname, Richard.

—¡Seré millonario, Bruno! Es más, te puedo dar una parte del dinero que gane. ¡Comprende eso!

—Si tienes una mejor opción, házmelo saber. Adiós.

Me quito los auriculares y comienzo a seguir la carretera. Pienso en mi madre. La decisión la había tomado antes de que ellos llegasen a casa. Sé que encontrará la carta que le dejé en mi habitación.

Para la madre más genial de todas:

Recuerdas cuando viajamos al Cusco y me dijiste. ¡Algún día los animales recuperarán lo que les pertenece! Nos darán una lección y así, aprenderemos a convivir en armonía con ellos. Pue, tenías tanta razón. A estas alturas ya te habrás enterado de lo que sucedió conmigo, y quiero que sepas que son muchos los motivos por el cual tomé esta decisión, fallida o no, de viajar al futuro. Uno de esos

motivos ya lo debes saber: viajar por donde fuese que me lleven mis decisiones.

Créeme que disfrutaré de cada paisaje, de las montañas y la cultura, como si estuvieras aquí, conmigo. Sé que llorarás, pero terminarás comprendiendo todo.

Te prometo que haré todo lo posible para encontrar alguna cura que destruya ese tormentoso virus, y así, volver a contemplar la biodiversidad y tal vez un futuro esperanzador en nuestro planeta.

Te quiero, mamá.

Rocío Benavides

26 DE ENERO DEL 2266



Las ferias itinerantes que llegaban al pueblo desde Neo Lima nos traían las bots articulables de estreno. Parte de la diversión era coserles vestidos, desde los más conservadores hasta los más estafalarios, usando la máquina de coser que nos prestaba Ña Mercedes, mi mamá. Ella, que no sabía leer ni escribir, usaba una pita de neopolímeros como centímetro. Le hacía nudos cada pulgada, para tomar las medidas. Ella era una diestra costurera y nos enseñaba las artes de la fabricación de prendas sin perder la paciencia.

La mujer del Barón Tecnológico de Choros siempre visitaba a mamá. Esta llevaba revistas holográficas, y figurines tridimensionales, y Ña Mercedes le sacaba el modelo: con bombachas, corbatitas o faldas de pliegues zardinitas. Cualquier modelo, mi mamá, lo hacía igualito.

La fama de la doña, como también la llamaban, era tal que, de vez, en cuando se presentaban mujeres de otros poblados. Querían ser sus pupilas. Ña Mercedes las hacía coser neopolímeros de baja calidad por meses. Solo

cuando una demostraba verdadera habilidad les permitía tocar algún retazo de tela orgánica.

Las ferias itinerantes eran importantes porque ahí vendía sus prendas. Para mí era una fiesta cada tres semanas, ya que los mercachifles amontonaban juguetes a pila; los carritos de helado de Orión y pop corn de Zardia se acomodaban al extremo de las carpas. Incluso llegaba gente prometiendo trabajos con seguro dental y CTS en las minas de los asteroides.

La alegría, las oportunidades, duraban semanas. Y, aunque de todos modos tenía que cargar agua del río Marañón, darle de comer a los chanchos, gallinas, cuyes y patos, yo me la pasaba muy bien. Me regresaba por el caminito de la chacra, agitando la cuerda desde la paracha en los arrozales. Yo era la sexta de catorce hermanos. Dos difuntas: Catalina, que se murió por culpa de un virus respiratorio marciano; y Flormira, que se murió en su primera excursión a los jardines de la Luna.

Ña Mercedes nos educó como gente trabajadora. A mí me enseñaron a hacer pan, a veces administraba la caja de la cantina de mi padre, que daba justo a la plaza de armas

de Choros. El Barón Tecnológico de Jaén, y sus colaboradores más cercanos, decidieron comprar los terrenos aledaños a los de mi familia. Mi papá cedió parte de uno de sus solares y, en agradecimiento, lo invitaron a su casa.

Aquel fue un verdadero acontecimiento. Conocer Jaén era la primera capital que cualquier chorino anhelaba visitar. Mi papá me llevó con él. Visitamos los cines holográficos, nadamos en piscinas de agua de Zardia y visitamos el teatro robótico donde pasaron una versión actualizada de Roboteo y Robolieta. Mi papá me dijo que todo eso era nada comparado a Neo Lima. Que ahí, en la capital de la República Corporativa del Perú, se encontraba el verdadero camino a la riqueza. Ese día comprendí por qué él se esforzaba en mandar a los mayores a ese lugar en donde la naturaleza había desaparecido. No tenían árboles ni ríos, ni animales, como nosotros, pero si ahorraban lo suficiente podían jubilarse y terminar su vejez en las paradisíacas lunas de Júpiter.

Al primero que mandaron fue al Ramón, éste se matriculó en San Marcos para estudiar Medicina. Le

siguió la Rosa, la mayor de las mujeres, de ahí la Gloria. Yo extrañaba mucho a la Gloria, pero de seguro ella ni se acordaba de nosotros. Y así esperé paciente mi turno, serían años.

Sin embargo, un día mi papá llegó muy contento y me miró antes de decir: «Te vas para Neo Lima. La Rosa nos invitó unos días, pero ni pienses que te vas a quedar».

Salté de felicidad y bailé una lambada mientras les daba el maíz a los pollos. No tenía mucho que alistar, así que busqué mis interiores: sostén y calzón. Cruzamos el río en un deslizador hídrico y luego una nave de transporte comunitario hasta Corral Quemado. Ahí canjeamos el ticket del aeródromo y subimos a un deslizador aéreo de lujo. El viaje fue corto, no más de media hora, pero para mí fueron como diecinueve horas.

Era verdad que la Rosa nos esperaba. Aunque estaba ansiosa, la bruja esa me hizo cocinar. No importaba, ya conocía la capital y tenía algo que contar. Aquí la gente tenía luz todo el día y, aunque me daba miedo caminar entre los deslizadores y los autómatas de asistencia, disimulaba mi ingenuidad. Llegó Toño, novio de Rosa, y

nos llevó a pasear al Centro. Yo quedé perpleja pues el jirón de la Unión era mil veces una feria de mi pueblo.

Al siguiente día nos llevó al museo de la hidroeléctrica de Chosica y a las ruinas de Pachacamac, se despidió prometiendo llevarnos a la playa y así fue. Por la mañanita preparamos arroz con pollo para todos mis hermanos, sus novios y novias. Zulema, una de mis primas, era una bandida que no sabía a qué pretendiente invitar.

A eso de las nueve y media de la mañana llegamos a playa Hermosa, en Ancón. La línea del horizonte azulita y las estructuras gigantescas de los ascensores espaciales, que conectaban el planeta con la Luna y Marte, me hicieron temblar del asombro. Senté mi cuerpo púber en la arena y toqué la arena: oía la cadencia del mar deshaciendo su cuerpo en la orilla y comprendí porque preferían la capital a Choros. Neo Lima no era el primer paso a la riqueza. Era el primer destino antes de partir hacia las colonias terrestres en el espacio exterior.

Recordé lo que decían los reclutadores en la feria itinerante de mi pueblito: «Hay colonos que son panaderos, sastres, y han hecho fortunas».

Pasé el rato ensimismada, reparando en la magnitud y lidiando con esa extraña sensación de cuando estás ahí: pequeña y semidesnuda, comprendiendo porque el ser humano siempre quiere viajar.

De pronto, espabilé ya que un bañista pasó corriendo y salpicó arena en mi rostro. Miré a mis hermanas y quise preguntarles si sabían más de lo que pasó con Flormira cuando fue al espacio, pero no quise pecar de imprudente. Así que improvisé algo bobo, algo como para olvidarme del espacio, aunque sea un ratito.

—Pucha, que bien raro es este mar, di. ¿Y la otra orilla dónde está?

Papá, la Rosa, el Toño, Zulema y su mejor pretendiente, todos se rieron a carcajadas. Jajás y jajás retumbaron en mis oídos y jamás supieron explicar. Tan sólo dijeron que el Marañón tenía dos orillas, y que el mar sólo una.

Sobé mis ojitos avergonzados, miré por segunda, o tercera vez, la línea del horizonte azul y los ascensores espaciales como enredaderas escalando al infinito. Mi corazón palpitante decidió, en ese momento, que de adulta

José Güich Rodríguez

LOS DÍAS VERDES



El timbre fue activado por el visitante mientras Gonzalo escrutaba con un viso de resignación en su rostro el avance incontenible de la parra. Se había posesionado del baño principal —el de mayólicas azules—, al final del largo pasillo que vinculaba a todas las habitaciones del segundo piso. El veredicto era inapelable: ya no habría posibilidad de utilizarlo, a menos que la ocupante se aburriera para trasladarse a otro sector de la casa. Eso podría ocurrir al día siguiente o dentro de cinco años, pensó Gonzalo, quien conocía mejor que ningún miembro de la familia todas las veleidades y caprichos de la invasora. Los chicos deberían acudir desde ahora al baño de visitas.

El sonido agudo y metálico ascendió desde la planta baja. Lo enfureció que nadie acudiera a atender ese enloquecedor chillido. Estaría impelido a bajar con el único objetivo de procurar que el ruido cesara de una vez, y él lograra descansar durante el resto de aquella tarde de sábado. Su última esperanza se cifraba en que María Luisa y los chicos ya hubiesen regresado. Llamó un par de veces

a viva voz, con resultados infructuosos. Después de brindarle una mirada en sesgo a la parra, adherida a sus anchas a las paredes, el techo, el lavatorio y los sanitarios, encaró el asunto del timbre. Masculló una serie de vocablos de grueso calibre, pero se contuvo, ya que la intrusa se había tornado demasiado sensible en los últimos meses.

—¡Ya voy! —gritó a mitad del trayecto. No habría soportado una nueva arremetida del artefacto. Sus nervios solicitaban una tregua desde hacía semanas. Al aproximarse a la entrada principal, un instinto que en Gonzalo se había afinado notablemente emitió su señal de advertencia. Observó a través del ojo de pez el rostro de quien lo había alejado por un momento de sus preocupaciones caseras. Era Rodrigo. Al reconocerlo, Gonzalo se sintió aliviado. Descorrió el cerrojo y abrió cuando el recién llegado, una vez más, aproximaba su mano al interruptor.

—Aquí estoy. Vas a traer la casa abajo. Entra.

Rodrigo aceptó la invitación después de echar una breve mirada a la calle solitaria.

—Necesito hablar contigo. Es vital, Gonzalo. —El recién llegado parecía haber pasado una accidentada noche de juerga. No se había afeitado y su ropa mostraba pronunciadas arrugas.

—Bueno, hablemos. Vamos al escritorio. No quiero que espíe.

—¿Dónde está? —indagó Rodrigo, mirando de un lado a otro con visible nerviosismo.

—En el baño principal, arriba, extendida a lo largo de cada centímetro cuadrado. Pensar que mi madre adoraba a este engendro. Siempre se preocupó porque no la atacaran las plagas o que los perros orinaran sobre ella. —Gonzalo, adoptó un tono de confianza—. Ojalá...

Rodrigo le imploró con los ojos desorbitados. Había colocado el dedo índice sobre sus labios. El gesto era inequívoco. Debían encerrarse en el escritorio. Charlaron de trivialidades mientras se desplazaban por el interior de la vivienda. En cuanto cruzaron el umbral del pequeño aposento, Gonzalo cerró tanto puertas como ventanas. Se sentaron en dos viejos sillones, descoloridos por el inexorable paso de los años.

—Bien, Rodrigo. Estamos solos. Bueno, eso espero. María Luisa y los chicos han salido. Están más adaptados a la situación. Yo, por mi parte, no tengo deseos de ver nada que me recuerde al color verde, al menos hoy —dijo Gonzalo, pretendiendo tranquilizar a su amigo con esa humorada—. Bien, quiero saber qué te ocurre.

—Nos impidió entrar anoche a la casa. No te imaginas los destrozos que ocasiona. La higuera ha comenzado a penetrar por las paredes. En la cocina, hay hojas y tallos que brotan entre las juntas de las mayólicas. Carmen no resistió. Se llevó a María Pía a casa de mi cuñada. Nada detiene a estas fieras, hermano. Yo dormí en el jardín, cubierto con unos periódicos. Toda la noche, las otras plantas me bombardearon con frutas y semillas. Solo me permitió el acceso al mediodía. Pero atascó las puertas de los baños....

Gonzalo fue ahora quien gesticuló con aspereza:

—Cálmate y habla en voz baja. Oye hasta la caída de un alfiler...

Rodrigo se calló. Arrepentido de su brusquedad, Gonzalo procuró enmendar el trato, a pesar de que su amigo compartía esa muestra de familiaridad y confianza.

—Ya lo hemos comentado —prosiguió—. Es imposible combatirlos. Si no protestas y cumples con las reglas del juego, no hay de qué preocuparse, excepto por algunos problemas domésticos.

El tono conciliador de Gonzalo no tranquilizó a Rodrigo. Se puso de pie, con el rostro enrojecido.

—¿Llamas problemas domésticos a esto...? No sé para qué vine. Pensaba pedirte por última vez.... Ahora sé que no lo harás —dijo Rodrigo. Había una sorda amargura en sus palabras—. Yo pensaba como tú al principio, pero después de haber visto lo que hacen, solo queda

Gonzalo albergó el súbito deseo de zarandearlo a sus anchas.

—Rodrigo... por favor... ¿Bebiste anoche?... ¿En qué piensas?, ¿en alguna pistola de rayos, como las de Flash Gordon? Ese grupito que admiras ha intentado usar desde hachas hasta ácido. ¿Y cuál fue el resultado después del último ataque?

Al no obtener una respuesta inmediata de su amigo, Gonzalo también se irguió, exasperado.

—Dime tú cuál fue el resultado, carajo —insistió—. Lo sabes muy bien. Entregamos a las mascotas.

—A mí no me vas a dar lecciones al respecto, Gonzalo. Tuve que llevar al gato, a Spot, que era la adoración de Carmen y María Pía. Aún recuerdo su expresión confiada cuando lo saqué de la casa. Creo que hasta ronroneaba.

—Por eso mismo, Rodrigo. —Gonzalo quiso sonar fraternal y así disminuir la tensión—. Imagínate qué pedirían después. Esos lunáticos no parecen darse cuenta del peligro que encierran sus provocaciones. Ya tenemos demasiados problemas con eso. Por ahora, hay cierto equilibrio. Infestan nuestros cuartos, se meten en nuestra intimidad, recortan nuestro espacio... opino que no pasarán de ese límite.

Esta vez fue Rodrigo quien reaccionó con agresividad.

—No seas idiota, Gonzalo. Mira a tu alrededor. Esto no es vida y tú lo sabes. No entiendo cómo puedes creer en lo que dices, como si repitieras el catecismo.

Sobrevino un silencio sepulcral entre los dos hombres. De pronto se oyó el ruido de una puerta.

—Ya volvieron María Luisa y los chicos —dijo Gonzalo, como si quisiera aligerar el cariz de la conversación.

—Será mejor que me vaya. Supongo que ambos marcharemos por caminos diferentes desde ahora.

Gonzalo palideció.

—Rodrigo... escucha. Nos conocemos tantos años. ¿Recuerdas esos buenos tiempos? Fueron días increíbles, sobre todo durante las vacaciones del verano. Íbamos en bicicleta al parque y dábamos vueltas alrededor... — Gonzalo cortó esa frase por una razón que Rodrigo conocía a la perfección—. Después, el fútbol, la playa, las muchachas. Y la mayoría de nosotros se quedó a vivir en el barrio. Nuestros hijos son amigos entre sí. Tuvimos nuestra tajada del paraíso.

Rodrigo se sumió en sus propias cavilaciones. Después, prorrumpió en una risa infantil.

—Solo era una broma. Has puesto una cara... —dijo Rodrigo con burla manifiesta. Gonzalo no se enfadó.

—Puedes alojarte aquí cuando surjan líos con la higuera. Siempre tengo la habitación de huéspedes disponible. Las cosas no irán peor, te lo aseguro. Es cuestión de acostumbrarse —añadió, resuelto a alejar a Rodrigo de cualquier tentativa contraria.

—Te lo agradezco, pero esta noche dormiré en mi casa. Espero que el humor de la plantita cambie. Si eso no ocurre, vendré.

—Toma en cuenta el toque de queda, Rodrigo.

—¿Gonzalo? —La voz de María Luisa llegó desde la cocina.

—Estoy con Rodrigo en el escritorio. Voy para allá —dijo, mientras soltaba los cerrojos.

Salieron a paso lento, hablando de las mismas banalidades del principio. En el camino hacia el hall de ingreso, se encontraron cara a cara con la mujer de Gonzalo. Ella no pareció extrañarse por el aspecto desaliñado del visitante. Por el contrario, lo saludó con deferencia; así mismo, le preguntó acerca de su esposa e hija.

—Están muy bien. Han ido pasar unos días con mi cuñada, quien vive en el Barrio Este. No soportan el olor de la pintura fresca, pero son las primeras en solicitar cambios y renovaciones en la casa. —Rodrigo mentía con propiedad—. Carmen siempre te envía saludos cariñosos.

—Retribúyeselos. Me parece genial lo de hacer cambios. Vengan a comer una noche de estas. Por supuesto, no habrá ni zanahorias ni tomates —dijo María Luisa, con una amplia sonrisa. Gonzalo se preguntó si su mujer no habría llevado demasiado lejos ese proceso de adaptación que él, como cabeza de familia, tantas veces había defendido con la pasión del recién converso. Rodrigo celebró el comentario de la esposa de Gonzalo con igual vena.

—Es cierto... y tampoco podremos enviarte flores en el día de tu cumpleaños —replicó con ingenio. Esto causó hilaridad en su interlocutora. Ella entró a la cocina después de besar en la mejilla a Rodrigo.

Antes de despedirse, los hombres permanecieron en la entrada durante breves minutos.

—No vayas a hacer una idiotez.

—Despreocúpate. Tienes razón. Si te dije un par de cosas, discúlpame. Fue un mal rato. Ya nos acostumbraremos.

—Eso quería oírte decir, hombre. Siempre fuiste el más sensato de la pandilla. Los mayores te citaban como ejemplo de cordura...pero, en el fondo, eras el más ladino: nunca te descubrían. —Gonzalo acompañó este comentario con un suave golpe de puño sobre el vientre de su viejo amigo. Las aguas habían vuelto a su cauce.

Rodrigo extendió la palma de su mano derecha sin pronunciar una palabra. Gonzalo no lo perdió de vista mientras se alejaba. La actitud distendida de su amigo lo había aliviado. De pronto, recordó a la parra. Subió a la segunda planta y se asomó con sigilo al baño de mayólicas azules. Reposaba con los grandes racimos de uvas a la vista. Estaba decidida a tentarlo. Nunca sus frutos habían sido tan grandes y apetecibles como en aquel instante. Sin embargo, él sabía que arrancarle tan solo una mísera uva desencadenaría algún suceso de proporciones inimaginables. La pequeña ventana de vidrio empavonado, utilizada por la planta para arrastrarse hacia el interior, ya

no era visible: la invasora ocultaba por completo ese rectángulo. Gonzalo prefirió ignorarla. Se propuso mantener una vigilancia disimulada pero cuidadosa de todos sus movimientos. Bajó a la cocina, pues María Luisa le había ofrecido una taza de café.

A las tres de la madrugada, Gonzalo despertó. Sensible a cualquier movimiento extraño dentro o fuera de la casa, ya era una costumbre salir de su habitación a esa hora para recorrer, auxiliado por las luces irradiadas desde la calle, tanto el segundo como el primer piso del inmueble.

Primero solía aproximarse a la habitación de Andrea, su hija adolescente; luego, oteaba, en la penumbra, los contornos de Alonso, hecho un perfecto ovillo sobre su cama. Pero a esa rutina se había sumado la tarea de rastrear los desplazamientos de la parra. Midiendo la distancia entre sus pasos para no ser descubierto, la espío con extremas precauciones. Continuaba en el baño principal; no había alterado su posición ni un centímetro desde que él mismo efectuase la última revisión del día.

Por otro lado, no estaba seguro acerca del grado de su inteligencia; todo hacía suponer que la planta había

adquirido en los últimos meses una astucia y un sentido de anticipación dignos de respeto, más que de admiración, puesto que es impensable admirar lo que provoca temor o rechazo. A diferencia de los desastres ocurridos en casas vecinas, las incomodidades para ellos habían sido mínimas. Cuando algún rumor de esa naturaleza hacía oír su inquietante eco, él le restaba importancia, enarbolando la frase mágica “por algo será”. Era una especie de dogma que todos en ese hogar recitaban sin cuestionamientos de ninguna índole. En tal sentido, María Luisa se había convertido en su mejor aliada y difusora del credo. Ellos y los chicos harían una vida normal, aunque después del sacrificio de Dandy —junto a las otras mascotas—, la tarea encerraba un reto mayúsculo.

La impaciencia o la serenidad para afrontar las circunstancias disfrazaban la tenue diferencia entre un hogar en paz y otro en la desgracia calamitosa. Sin embargo, después del último atentado, la situación general había dejado de ser sosegada, incluso para aquellas familias que hubieran declarado en público su adhesión. No solo Rodrigo había pretendido involucrarlo con esos

dementes: lo mismo intentaron, con idéntico fracaso, Álvaro y Diego. Un vago recuerdo lo invadió de pronto, como un reproche a sí mismo. Solo lo apaciguaba el hecho de que su mejor amigo recapacitara.

Un reloj de pared marcaba, con un golpeteo seco, el transcurso del tiempo. En el silencio de la noche — incrementado por el toque de queda—, el ritmo mecánico se percibía con claridad meridiana, en franco contraste con lo que ocurría durante las horas diurnas o las iniciales de la noche. Con los gritos de Andrea y Alonso, siempre en eterna disputa, no se apreciaba la existencia de aquel mecanismo. Sintió sed. Sin encender la luz de la cocina, se sirvió agua del grifo. Apoyado en el mueble que revestía al lavadero, bebió sorbo tras sorbo; confiaba en que el sueño retornaría con suma facilidad. Decidió salir un momento al jardín. La noche no era particularmente fría; eso alejaría el riesgo de gripes o molestos constipados, propios del cambio de estación. Su bata de franela lo protegía con creces de cualquier amenaza climática. Atacó el corto camino que lo separaba del comedor. Liberó el

seguro de la mampara, y deslizó con suavidad la lámina de vidrio sobre las canaletas de aluminio.

Había cierta humedad matutina en el piso de laja; un vientecillo agradable le dio la bienvenida. Se sentó en uno de los muebles de mimbre que la familia utilizaba para su esparcimiento al aire libre, ya sea para almorzar, recibir invitados o tomar el fresco durante las tardes y noches más calurosas del año. Pequeños árboles, asentados sobre la mediana extensión de césped, se agitaban gracias a esas corrientes invisibles. Gonzalo apartó la vista de ellos. No los soportaba. María Luisa se encargaba de su cuidado y de los restantes huéspedes en sus variados tipos y tamaños. Él, por su parte, se mantenía al margen de cualquier tarea destinada a preservarlos. Bastaba que un integrante de la familia asumiera esa responsabilidad.

Luchó contra la desagradable sensación de que era observado. Sabía que lo controlaban al milímetro, pero había logrado convencerse de que el centinela era él.

Mirando hacia otra dirección, Gonzalo descubrió por casualidad los inconfundibles perfiles. Su crecimiento en los últimos días había sido descomunal, pero él prefería

abstenerse de realizar comentarios. El hecho era tan evidente que no requería mayores discusiones. En esa oscuridad de las ciudades, que nunca aspira a ser tiniebla absoluta, desentrañó su monstruosidad. Adosada al muro, ya había cubierto por lo menos el cincuenta por ciento de la superficie. En nada se asemejaba a la modesta planta de su ya remota infancia, una de tantas que medrara por años en un rincón del jardín familiar. Solo quedaban libres los espacios asignados a las ventanas de los dormitorios.

A la altura de la ventana del baño, la parra, desafiando leyes elementales de física, se angostaba para facilitar su acceso al interior. Era la representante del nuevo mundo en aquel hogar sometido no solo a las actuales imposiciones, sino a sus ritos de orden y seguridad. Pero también era cierto que ya se había abierto una brecha insalvable: algunos no estaban de acuerdo con los cambios, y eso impedía que los residentes actuaran como un bloque monolítico. Rodrigo había sido uno de esos casos sencillos de manejar. Bastaba que las personas de cierta influencia anímica sobre él exteriorizaran su

aprobación para que desistiera de cualquier tendencia a nadar contra la corriente.

Y Gonzalo era, sin duda, una de esas autoridades morales. Remontaba su dominio hasta los días de la adolescencia, época en que se establecen vínculos indisolubles. Un crujido llegó desde las alturas. La parra se había movido. Creyó distinguir extrañas maniobras de tentáculos; pero eran solo las ramas flexibles de la planta que, como una serpiente, buscaba la posición adecuada para la holganza. Al instante, Gonzalo abandonó la terraza; el asco y náuseas experimentados ante semejante ilusión lo habían impulsado a buscar algún refugio.

El aislamiento respecto al mundo exterior implicaba, para Gonzalo y el resto de habitantes, una situación tan incuestionable como la existencia del gigantesco cerco de granado que ahora encajonaba a esa ciudad y a sus sesenta manzanas. Los intentos de fuga habían concluido en violentos decesos por estrangulación —tallos que saltaban sobre el fugitivo en el momento menos pensado— o súbitos ataques del granado, que se protegía a sí mismo con el auxilio de terribles espinas. Por otro lado, todos los

instrumentos y equipos que sirvieran para transmitir información a distancia habían sido atacados por un raro polen amarillo. Debido a ese hecho, nadie recibía señales de televisión o de radio. Las conversaciones telefónicas también habían experimentado visibles alteraciones, que disminuían la intensidad de las voces y las hacían ininteligibles.

El férreo control establecido incluía la prohibición de ingerir alimentos de origen vegetal. Solo estaban permitidos los lácteos y las carnes. Cualquier transgresión a esta ley esencial era castigada con dureza. Para tales efectos, se organizaban espectáculos impresionantes. En el barrio de Gonzalo, eso solo pasó en una ocasión, un año antes de la tensa charla sostenida por él y Rodrigo aquella tarde de sábado. Tres distinguidas matronas, vegetarianas a ultranza, se habían parapetado en el domicilio de una de ellas para hacer caso omiso de la prohibición. Aquel día almorzaron, presas de un frenesí infantil, ensalada de zanahoria, tomate y espinacas. Un vecino de la dueña de casa, al percatarse de movimientos sospechosos, se apersonó a dar cuenta de los hechos.

Las tres ancianas fueron llamadas a confesar el crimen bajo amenaza de muerte a sus familiares próximos. Acudieron al parque vestidas con elegancia, como si se tratara de una fiesta de sociedad. De nada habían servido los intentos de persuasión por parte de sus hijos y nietos, quienes ofrecieron ocultarlas o sacarlas en forma clandestina de la ciudad —idea absurda, dictada solo por la angustia—. Las tres acusadas insistieron, al unísono, que no les darían el gusto a esas inmundas bestias; no se humillarían; no rogarían por clemencia. Se presentaron, desafiantes y orgullosas.

La población de aquel barrio y los delegados de otras zonas fueron citados para presenciar el castigo aplicado a esas fanáticas de las verduras y del naturismo. Esa mañana nublada, Gonzalo cerró los ojos, ejerciendo presión sobre la mano de María Luisa. Pretendía no mirar la ejecución; solo escucharía los quejidos de las tres mujeres. Él las conocía de toda la vida, pues fueron amigas íntimas de su madre. Pero una voz interior le recordó que lo rodeaban demasiados testigos. Algún delator podría argumentar que él, en tímida señal de protesta, se había resistido a mirar el

suplicio. Por lo tanto, se decidió a separar sus párpados más que nunca.

Contra lo esperado por los asistentes, no hubo quejidos ni peticiones de perdón mientras las fuertes lianas descendían y envolvían los frágiles cuellos de las tres rebeldes. Una de ellas, antes de perecer, lanzó una proclama que remeció los corazones de todos los presentes: “Coman ensalada”.

No hubo noticias de Rodrigo durante varias semanas. Enfrascado en sus propios asuntos y negocios particulares, Gonzalo apenas recordaba el diálogo de aquella tarde. Además, la disimulada vigilancia ejercida sobre la parra consumía su tiempo de ocio. Siendo inútiles los teléfonos, había planeado visitar a Rodrigo en la tienda de licores o en su domicilio, pero diversos trajines administrativos de la lavandería lo distrajeron una y otra vez. Incluso, cuando solicitó datos a amigos comunes, con quienes solía encontrarse para beber unos tragos, estos le habían manifestado no saber nada del asunto. Aquello lo animó, de una vez por todas, a hacer un breve alto en su camino

para acercarse, unas cinco calles arriba, al establecimiento de Rodrigo.

Su sorpresa fue mayúscula: el local estaba cerrado. Ni siquiera había empleados que atendieran al público en ausencia del propietario. Encontró varias notas escritas por los miembros del personal, dirigidas a Rodrigo, en las cuales consignaban su puntual asistencia al trabajo. Decidido a averiguar qué se escondía detrás de semejantes indicios, se desplazó a pie hasta la casa. Al llegar a las inmediaciones, quedó petrificado. La amplia y acogedora vivienda de dos pisos ya no existía como tal.

La higuera había crecido hasta el punto de ocultar el inmueble casi por completo. Grandes ramas y frutos salían de todas las ventanas, para luego caer sobre el frontis y tapizar las dos puertas —tanto la principal como la de servicio—. Algunos contornos de la casa aún eran identificables, pero resultaba ilógico pensar que un ser humano habitara aún entre esos muros. Indagó entre los vecinos y conocidos. Nadie dio razón del paradero de Rodrigo; por el contrario, se habían alejado de Gonzalo en actitudes evasivas. Solo un anciano, a quien conocía desde

edades remotas, alcanzó a murmurarle algo sobre los gritos desesperados de un hombre. “Era él, sin duda. La planta lo hizo”, concluyó, antes de alejarse con el apoyo de un bastón.

Regresó a su domicilio, donde María Luisa lo esperaba con el almuerzo. Comió en silencio, mientras su mujer le comentaba las actividades de beneficencia que su Club organizaría para el fin de año. No formuló comentarios respecto a sus descubrimientos de la mañana. ¿Era en realidad Rodrigo el hombre a quien el viejo oyera gritar? ¿O se trataba de una confusión senil?

María Luisa continuó hablándole del Club y sobre otras cuestiones que él no llegó a captar a plenitud, aún aturdido por la noticia. Su mujer no estaba enterada del asunto; eso podía rubricarlo él en un documento, de ser pertinente semejante tarea. Después del almuerzo, efectuó su revisión. La parra era dueña absoluta del cuarto de Alonso, quien ahora dormía en la habitación de su hermana. Dentro de la supuesta normalidad de sus trayectorias, solo había acontecido un hecho hasta entonces atípico: la agresividad del vegetal hacia su hijo

menor, que se exteriorizó cuando el chico quiso sacar unas pertenencias. Gonzalo, en vista de tales sucesos, prohibió a su esposa e hijos realizar algún acto que la compulsiva trepadora interpretase como un acto hostil.

Rumbo a la lavandería de su propiedad, no se despojó de la certeza, y aunque se resistía a pensar en Rodrigo, era lógica la conclusión: él había perdido el control, la paciencia, la sensatez. A los ojos de todo el mundo, la ocupación de la casa era la prueba palpable del delito, no perpetrado por la higuera, sino por quien estaba obligado a velar por su comodidad.

A las siete, se retiró del local, encargando el cierre y el arqueo a su empleado de confianza. No se marchó a casa. Ansiaba encontrar al anciano que le había proporcionado vagos indicios sobre la suerte de su amigo. Divisó al hombre que buscaba en el lugar previsible.

—Alberto —se anunció—. ¿Puedo sentarme a su lado? Necesito consultarle... Pero creo que este no es el sitio adecuado.

El anciano, de unos setenta años, tardó en reconocerlo, dada la hora y problemas de visión propios de su edad.

Además, el parque no estaba muy iluminado. La medida había sido adoptada para dificultar el acceso de agresores nocturnos.

—Gonzalo Palacios... el hijo de Hernán. Siéntate, por favor.

Gonzalo evitó mirar hacia el lado opuesto. Una ciclópea silueta destacaba sobre todos los objetos y seres diseminados a lo largo de la explanada.

—Actúa con naturalidad. Que no huelan tu miedo. Yo sigo viniendo aquí, a pesar de todo. Hablemos en voz baja.

Gonzalo siguió el consejo. Adoptó modales de serenidad, pero los nervios eran sus grandes enemigos.

—No lo molestaré mucho tiempo. Me dejó atónito con lo de Rodrigo. ¿Está seguro?

El hombre acarició, con aire distraído, el adorno de marfil de su bastón.

—Sí. Pasó tal y como te conté. Hace tres días, Rodrigo le disparó a la higuera. Oí un par de tiros y después, gritos. Tú sabes que las plantas ahora son muy fuertes; aun así, le hizo un par de rasguños. El resultado ya lo has presenciado por ti mismo.

Enmudeció. Una intensa sudoración humedeció su frente. Sintió que las náuseas de una noche no muy lejana regresaban a acosarlo.

—Cálmate. Ya nada puede hacerse. Es mejor que te olvides para siempre de él. Enloqueció, pero ya encontró alivio.

—Yo se lo dije —la voz entrecortada de Gonzalo sonó como un débil suspiro—. Le hice ver que todo era inútil... que ese grupo no tendría éxito.

—¿La Célula? —el hombre pareció sorprenderse ante la mención—. Esa tontería no existe. Ha sido un completo embuste. No creas todo lo que oyes, muchacho. La inventaron como una trampa para tontos, un señuelo.

—¿Cómo lo sabe?

—Oídos muy agudos y mente alerta, Gonzalo. Eso es todo. En un barrio y en una ciudad tan pequeña como esta, hay cosas que no pueden ocultarse. Además, la gente habla de más en presencia de los viejos y de los niños. Esa es nuestra ventaja.

—¿Y Carmen, la esposa de Rodrigo? ¿Y su hija?
¿Volvieron?

—Ni rastro de ellas. Se fueron hace semanas. Él las convenció.

—Me lo dijo el propio Rodrigo. Se alojan en Barrio Este, con la hermana de Carmen.

—Barrio Este... Barrio Oeste... Es lo mismo. No hay adónde ir. Y si alguien lograra escapar, encontraría más cercos de granado. —El hombre del bastón suspendió su reflexión un instante—. Me temo que nuestro espacio continuará reduciéndose.

Gonzalo sintió que un nudo le apretaba la garganta.

—Pero nos necesitan. ¿Quién cuidaría de ellas? Usted sugiere que un día hasta nosotros, los creyentes, seremos prescindibles.

El anciano lo miró tristemente.

—Mejor vuelve a tu casa. En unos minutos comenzará el toque de queda. Yo vivo a tres cuadras, pero tú no estás tan próximo.

—Alberto....

—Hazme caso. Te esperan.

Supo que el viejo ya no hablaría. Antes de partir, atisbó, entre las sombras. Era un árbol gigantesco,

antiquísimo, que había extendido raíces mucho antes de que nacieran él, su padre e incluso, su abuelo y bisabuelo. Nadie sabía con exactitud cuántos siglos residía en aquel paraje.

Gonzalo había jugado alrededor de él años atrás, junto a sus compañeros —así como las incontables generaciones que los precedieron—, sin imaginar que algún día se subordinarían como ovejas a sus inescrutables designios y al de los otros gigantes. Todos dejaron su marca sobre la superficie rugosa —una declaración sentimental, una muestra de apoyo al candidato vecinal o al equipo de fútbol de su preferencia—. Era como si hoy les reclamaran por cada uno de esos cortes.

Ya ni siquiera debía ser considerado un árbol; era una boca, una hendidura abierta justo a la mitad de su grueso tronco, y que ya no se confundía con el escondite perfecto de los muchachos de antaño. Esa cavidad ya había exigido un sacrificio punitivo. En un par de días, habría otra asamblea de vecinos, con los delegados del resto de barrios. Él formaría parte de las primeras filas, acompañado por María Luisa, Andrea y Alonso.

Rodrigo se había ido. Poco a poco se difuminaba en la memoria de Gonzalo, igual que desaparecían Álvaro y Diego, ejecutados unas semanas antes que las ancianas por rociar con gasolina a uno de los grandes árboles. Su craso error fue la ingenuidad, la confianza en algo que siempre careció de un asidero. No volvería a preguntar por él ni por su familia. Cualquier huella de su existencia física sería borrada de ahora en adelante de todo documento.

Gonzalo se consideraba muy diferente, de una estirpe mejor preparada para asumir los retos del futuro. Él sí era imprescindible, porque tenía fortaleza a raudales, tanta para negar sin dubitaciones que alguna vez hubiese conocido a aquellos individuos. Al fin y al cabo, no había nada que temer: era respetuoso de las proclamas, tenía un próspero negocio y creía a la sombra de la protección brindada por esos días verdes. Representaba lo más granado de las buenas conciencias y aquella era su mejor carta de presentación. Estas palabras mágicas lo embebieron de entusiasmo mientras abría la puerta de su casa, anunciando su llegada, y la parra, en la planta superior, reptaba con autosuficiencia por todas las

habitaciones. Algunos delgados apéndices ya comenzaban a acariciar, con torpeza de infante voraz, los primeros tramos de la escalera.

***Cuento aparecido en el libro de cuentos “El Mascarón de Proa” (Grupo Editorial Mesa Redonda, 2005) de José Güich Rodríguez.**

Gaspar Paredes

MELÍFERA



La era industrial como la conocimos se terminó. La vida, como la imaginaban *los pasados*, no se dio. La decadencia de la civilización no ocurrió por motivos económicos. ¿Agua? No. Tampoco fue por el agua. Era la profecía más predecible, pero *los pasados* la sortearon desalinizando el mar.

¿Fenómenos naturales?, ¿desastres climatológicos?, ¿El apocalipsis cristiano? No, nunca llegó el diablo. Ni los profetas atinaron con la razón del apocalipsis post industrial.

Los científicos lo previeron, pero nadie hizo caso a sus advertencias. El fin del mundo llegó a causa de lo menos pensado, la dependencia simbiótica: el declive de la polinización.

Durante la primera década del 2000, la declinación de las abejas fue del cincuenta y cinco por ciento. Esto motivado por el fenómeno del “síndrome del desplome de las colonias”. Una de las causas fue la industrialización de los cultivos: el abuso de los pesticidas y otros químicos. Los científicos calcularon que la especie perdió un

noventa por ciento de sus individuos. En tan solo quinientos años matamos a casi todas las abejas y causamos la peor crisis alimentaria de la historia.

Hoy es el día doscientos noventa, estamos muy cerca de la onceava luna llena. Para el calendario del pasado, sería el 2666. Se conmemora un aniversario más desde que explotó la bomba, hacia el final de la Tercera Guerra Mundial. Este explosivo tuvo como ingrediente fundamental los neonicotinoides. Esa fue la razón principal, la que nadie previó, y que por poco extinguió a los pequeños insectos polinizadores: no fue así, pues sobrevivieron, por pura suerte, las abejas del Himalaya.

Es en estas cordilleras que se vive una guerra sin bandera por las Apis Laboriosas. Los del pueblo de Jin, hombres montañeses de la extinta región de Nepal, defendían sus abejas con armas primitivas: de piedra y palo, algunas de huesos aserrados. Los Brux, hombres que habían llegado de más allá del mar del oeste, embistieron el pequeño asentamiento con una fuerza de trescientos hombres. Los sesenta adultos del pueblo de Jin luchaban valientemente, con coraje y sangre, pero los Brux se

habían hecho con las armaduras metálicas y la pólvora de los Turejs; otrora el pueblo más poderoso.

¡Melífera!, gritaron los Brux cuando detonaron un cartucho de dinamita. Los de Jin huyeron aterrados, ya que así llamaron a la bomba que acabó con todo: era una palabra maldita.

Shojo, el líder del pueblo de Jin, y al que algunos llamaban Abuelo, se unió para dirigir el enfrentamiento. Este mandó a guerreros que tenían tubos dentro de las mangas de sus túnicas, desde las que lanzaban arena a los ojos de sus oponentes, luego de ejecutar movimientos de combate como los de una danza. Los Brux se golpeaban entre ellos, a través de un angosto camino. En medio de aquella encrucijada, los salvajes de más allá del mar del oeste habían perdido más de una treintena de hombres.

El viejo Shojo había demostrado ser un excelente estratega. Los Brux mantenían la presión. Detrás del Abuelo se encontraba Shumi, una joven sacerdotisa jiniíta que abrazaba un baúl de casi un metro, en el que guardaban la última colmena que, quizá, podría regenerar el mundo.

Sin embargo, sucedió lo inesperado. Un hombre del pueblo de Jin enloqueció, al ver muerto a su hijo. Cargó un barril lleno de pólvora, lo encendió y corrió, con éste pegado al pecho, hacia donde se encontraba el líder bruxiano.

El hombre gritó: “Melífera”, cuando estuvo cerca de las tropas enemigas, pero un disparo en el torso lo derribó. El jiniíta cayó cerca de la ladera de la montaña y el barril explotó, causando un alud.

Shojo corrió hacia donde estaba Shumi aprovechando que los cubría la polvareda y le ordenó que se esconda. Vlad, el líder de los Brux, guardó su pistola y le ordenó a uno de sus guardaespaldas que le trajesen su arma favorita. Según las leyendas bruxianas, el joven larguirucho de ojos rojos que los lideraba era un descendiente directo de un pasado llamado Putin: el hombre que ordenó el lanzamiento de Melífera para terminar la Tercera Guerra Mundial.

Una veintena de mujeres de distintas tribus, todas cubiertas por pieles de colores y rudimentarias armaduras de metal, se abrieron paso entre los guardaespaldas de

Vlad. Estas cargaban un inmenso baúl de oro, dentro estaba el arma más poderosa del mundo: la última metralleta. Vlad las miró con deseo. Él estaba guardando su semilla, pues poblaría el mundo con ayuda de sus esposas. Antes debía conseguir el panal para asegurar la subsistencia de la humanidad que él traería de regreso.

La situación favorecía al pueblo de Jin: conocían la montaña y sus recovecos. El alud generó muchas bajas a sus enemigos, ellos apenas perdieron media docena de guerreros. El viejo Shojo observó de reojo a su nieta, que oraba a los dioses antiguos por la victoria de su pueblo. Aquello lo motivó a mantener su postura. Debía de vencer. No podía entregar la semilla del nuevo mundo a los Brux. Ya que descendían, según las leyendas, del hombre que hizo estallar la bomba que acabó con casi todas las abejas.

Vlad, que se encontraba a cien metros del último panal, soltó la ráfaga de metralla. No le importó que el grueso de sus hombres estuviese en la línea de fuego. Los gritos de guerra cesaron, una densa nube de polvo lo cubría todo. Cuando se disipó la polvareda solo quedaban en pie,

delante de él, el viejo Shojo y su nieta, los demás jiniítas habían muerto. El líder de los bruxianos soltó la metralleta, pues ya no tenía municiones. Y sacó un cuchillo de guerra con el que señaló a Shojo.

El viejo comprendió la magnitud del duelo. Sacó una espada curva de su cinto y alzó la guardia. Los guardaespaldas bruxianos se acercaron a Shojo. Vlad se agazapó y lanzó una estocada que el anciano bloqueó con dificultad. Enseguida le pateó el cuerpo y le golpeó en el mentón, lo hizo tambalearse. Vlad intentó asegurar su victoria con un tajo al cuello, pero Shojo la bloqueó y, con el mango de la espada, golpeó la sien de Vlad. El bruxiano cayó al suelo y rengueó. Un guardaespaldas saltó y bloqueó el golpe de gracia que propinó Shojo. El anciano enfureció y se enfrentó a la docena de musculados guerreros de más allá del mar del oeste. Uno tras otro los bruxianos caían al suelo: decapitados o con heridas de gran tamaño en sus torsos; otros sin extremidades.

Vlad aprovechó un descuido del anciano y logró hundir el cuchillo en su abdomen. A Shojo ya no le importaba morir. Retiró el arma de su estómago y la clavó, en apenas

segundos, en el hombro de Vlad. Luego, sin importarle nada, se dirigió hacia las mujeres del bruxiano y las atacó sin compasión. Estas lucharon contra él y lograron asestar varias puñaladas en su cuerpo, pero Shojo las asesinó utilizando la poca fuerza que le quedaba.

Vlad arrancó el puñal de su cuerpo y caminó lento hacia Shojo. El viejo se desplomó, extendió los brazos y dijo algo que Shumi entendió de inmediato. Vlad clavó el cuchillo acerado en el cuello del anciano. No importaba la muerte de sus mujeres, todavía estaba la jiniíta, con ella podría copular para repoblar el mundo.

Por su lado, la asustada Shumi tenía muy en claro qué hacer en caso de que una emergencia de esta magnitud. Su abuelo había previsto la derrota. La jiniíta salió de su escondite, con el panal entre sus manos, y saltó de espaldas hacia el abismo. La sacerdotisa vio el incrédulo rostro de Vlad y abrió el baúl. El enjambre de abejas obreras se arremolinó a su alrededor y, enseguida, se alejó hacia el risco más escarpado de la cordillera. Shumi cerró los ojos y sonrió por última vez, mientras Vlad caía de rodillas, derrotado. Lo habían engañado. La jiniíta siempre

fue un señuelo. Aquella solo fue una caja llena de abejas obreras.

“Entre tanta sangre derramada... Hoy toca la mía”, dijo Vlad y miró al abismo pensativo, no había nada más que hacer. Había perdido a sus guerreros, a sus mujeres, le sería imposible atrapar a las abejas. La humanidad se había terminado. Saltó al vacío y, recordó sus batallas, el largo camino desde su pueblo natal. Cada conquista yacía en su mente, en sus manos curtidas.

Miles de años más tarde:

Los investigadores de más allá del cosmos exploraban nuestro mundo. Llamó su atención el ecosistema: plantas con capacidad de movimiento. Aguas con especies anfibias pensantes, aunque primitivas. Aquel nuevo mundo era uno donde la flora, la vida arborizada del océano, era la predominante.

Dos de los exploradores llegaron, luego de años explorando la geografía, al lugar donde batallaron los del pueblo de Jin y Brux. Estos encontraron el baúl de Shumi y lo escanearon, para comprobar que no significaba

peligro alguno. Al ver que era inofensivo, lo abrieron y leyeron algo escrito en una lengua inentendible:

“En algún tiempo la avaricia por el poder generó conflictos, luego guerras y, al final, solo quedó el odio irracional. La venganza, mucha maldad y muerte desde el estallido de Melífera. Hemos sobrevivido de a pocos, esperamos no ser atacados. Si esto llegase a pasar, sería el fin de los que en algún momento nos denominamos humanos”.

Los investigadores no entendieron lo leído, pero al ver que era un planeta compatible dieron la señal a su nave nodriza. Esta descendió y se fusionó con la superficie.

Una nueva era, la del ecofuturismo, tendría su origen en este nuevo mundo.

Poldark Mego

LEGADO



El bípedo modelo MQ 75 avanzaba con paso irregular tirando de la carreta que conducía Patrish. El armatoste rechinaba con cada metro que recorría, le faltaban algunas luces frontales y el sensor de aproximación se había estropeado hace mucho, por lo que Patrish calculaba “al ojo” el camino: evitando baches, desmontes y otros obstáculos que pudieran hacer tropezar su única herramienta de trabajo. Sí, el MQ era viejo, pero en el basurero no había nada nuevo o reluciente. Él, al igual que todos los demás en el descomunal muladar, vivían de reciclar lo que el gobierno arrojaba a través de grandes gargantas de acero; las que se proyectaban por encima de las colosales torres extractoras de recursos.

Para Patrish no era problema manejar su bodoque, como solía llamar al MQ, ya que era una extensión más de su cuerpo, por el uso constante. Las patas del bólido pisaban el suelo adoquinado de engranajes, cables, aceite seco y toda clase de repuestos herrumbrados. La oscuridad del basurero era tenuemente profanada por las luces de otros MQ y las hogueras encendidas en barriles que daban

calor a los vagabundos que se negaban a morir, pese a no tener un equipo de oxígeno y respirar directamente el aire negro del inmenso deshuesadero.

Los propulsores antigravedad de la carreta fallaron por un segundo, provocando un vaivén que arrojó parte de su preciada carga al suelo. El joven tuvo que detener a budoque, descender y recuperar sus pertenencias. Tensas miradas lo observaron desde recovecos entre la chatarra. Patrish recogió su carga con recelo y se acomodó el cinturón del traje, mostrando a todos los ojos curiosos una pequeña ballesta. Con cierto desgano, y renegando por el malfuncionamiento de su maquinaria, devolvió todo a su lugar y prosiguió su camino.

En su ruta atravesó el centro de reciclaje donde chatarreros de todos los recovecos del entrópico páramo cambiaban las piezas y repuestos por suministros: alimento deshidratado, oxígeno o cualquier sobrante del Estado. El centro de acopio se encontraba resguardado por varias unidades de tanque modelo Titán 386: que monitoreaban el correcto orden del sistema. Esta era la

única relación que los humanos del basural tenían con la entidad estatal.

Los carroñeros sabían que, por encima del techo de nubes nocivas, soportada por las torres extractoras de recursos, se erguía la ciudadela del gobierno. Sin embargo, era impensable que algún ilustre ciudadano o funcionario público descendería alguna vez al paraje sombrío de los menos favorecidos. Desde hace muchas generaciones el único canal de comunicación era la inteligencia artificial del centro de reciclaje, y las poderosas ametralladoras de los Titán 386 que imponían las leyes con estricta dureza.

Al llegar al taller de Elish, el joven chatarrero apagó todos sus instrumentos, verificó el nivel de oxígeno de su dispositivo vital y se dispuso a separar lo que había encontrado en su viaje.

—Te tomaste tu tiempo, muchacho —dijo el viejo Elish a modo de bienvenida mientras lustraba, con un pañuelo percutido, la tapa metálica hendida en su cráneo—. Creía que te habías muerto.

—Fui hasta la montaña de las cucarachas, viejo —dijo Patrish al salir de la cámara de descontaminación y desactivar la válvula de oxígeno—. No te imaginas lo que hay por allá.

Patrish saboreó el aire filtrado del taller, se le hincharon los pulmones y suspiró agradecido.

—A ver, cuéntame. ¿Cómo es eso de que fuiste más allá de la montaña de las cucarachas? Nadie llega tan lejos, muchacho. No con una sola reserva de oxígeno. ¿Dónde repostaste?

El viejo Elish revisó con curiosidad la chatarra recién llegada, más en su rostro una expresión de sospecha comenzó a surcar. Patrish se le acercó con el entusiasmo a flor de piel, con esa energía que da la juventud, ese ímpetu a veces irrefrenable, rebelde.

—Mira —le dijo al viejo, que con cierto recelo se negó a seguir el juego del muchacho—, encontré esto cuando carroñamos la choza de Frederik, ¿recuerdas? El chatarrero loco que decía...

—Sí, me acuerdo qué decía. Eso del conocimiento perdido. Todo lo que fue antes de que el Estado se

refugiara en los cielos, dejando morir a todos los que no tenían la clasificación de ciudadano... ¿Qué con eso?

El muchacho desenvolvió la tela que cubría aquello que él consideraba su tesoro.

—El loco tenía razón, Elish. Tenía razón...

—¿Estás loco, Patrish? —El viejo dio un respingo y perdió el equilibrio, su pierna mecánica no pudo contenerlo y cayó de nalgas al suelo—. ¡Es un libro!

—¿Libro? ¿Cómo sabes que es uno de esos?

—¡Claro que sé lo que es! Y por tu bien quemarás esta cosa peligrosa antes de que alguien más sepa que lo tienes.

—¿Esto es peligroso? —dijo el joven y abrió el libro de palmo a palmo, buscando algo capaz de herirle.

—Lo es —sentenció el viejo poniéndose de pie y verificando que sus partes cibernéticas aún estaban pegadas a su añejo cuerpo—. ¿Acaso sabes la historia detrás de las sandeces que repetía Frederik? Los libros guardan conocimiento prohibido, hijo. Los libros pueden hacer que los humanos hagamos muchas cosas, como construir máquinas cada vez más potentes o armas. El Estado los prohibió.

—Los del tercer sector tienen uno.

—¿Los elegidos de la carne? Esos orates crearon el libro de su religión. Creen que cualquiera que tenga algún implante mecánico es impuro y debe ser sacrificado. Viven de manera mucho más austera que nosotros, rechazando todo tipo de tecnología o conocimiento. No son un peligro para los que viven por encima del techo de nubes negras.

—Pero, Elish —insistió el joven—. Mira la historia que cuentan los dibujos. —Patrish le acercó el libro y el anciano retrocedió como si hubiese visto los ojos de la muerte—. Podemos crear aire y agua limpia. —Señaló una ilustración descolorida del agua evaporándose—. No importa cuán sucia esté. ¿Te das cuenta? Así llegué hasta la montaña de las cucarachas. Si los demás se enteran, ya no tendríamos que reciclar para que el Estado nos dé su miseria.

—Si alguien más sabe de esto, y nos delata, el Estado hará llover fuego sobre todo el chatarrero, como lo hizo hace quince años.

Una sombra nostálgica y apenada envolvió al viejo Elish, quien miró directamente al niño que había prometido cuidar. Los padres de Patrish fueron sus manos derechas en la estúpida rebelión que lideró. No le sorprendía en absoluto su determinación, tampoco su nobleza. Elish se sentó, pues sintió un revuelco en el corazón. Tocó su pecho. ¿Se había vuelto tan cobarde después de la sangrienta represión? Los Titán 386 convirtieron a sus camaradas en carne molida, el horror de la matanza espantó la razón de Frederick y, producto del severo daño, a Elish no le quedó más que reemplazar sus partes perdidas por metal oxidado. Ese día mataron su voluntad. La desesperanza lo hizo resignarse... Sí, se marchitó como cualquier rezago de vida en el basurero.

¿Patrish debía compartir el mismo destino miserable? Quizá no, pero él lo había criado. El muchacho era su hijo. Si lo alentaba era más que seguro, que Patrish termine como sus padres, compartiendo el mismo destino: una fosa común, en el mejor de los casos una tumba sin nombre. Elish cerró los puños, tembló y tragó la saliva. Usó todas sus fuerzas para contener ese llanto que llevaba

atrapado desde hace quince años. ¿Qué es lo que un padre debe de hacer?, se preguntó furioso. ¿Qué debo de hacer?

El sonido del intercomunicador lo alejó de sus pensamientos.

—¿Qué quieren? Estoy ocupado —respondió el viejo Elish, descargando su mal humor con el desconocido al otro lado del aparato.

—Soy Berutk —respondió la voz agria de un hombre desgastado por el tiempo.

—Aún no tengo una válvula que haga juego con tu sistema circulatorio, Berutk. No tengo la culpa de que los cables que traes sean más viejos que el mismo basural.

—No es eso, Elish, mi válvula puede esperar. —Una tos seca le prosiguió a esa declaración. —Es por Mirraz, ¿recuerdas que tuvo gemelos? Tuvo que vender a uno de ellos a esos enfermos de la Secta de la Carne, porque no tenía con qué comprar más oxígeno. —Berutk hizo una pausa, la verdadera mala noticia venía ahora—. Fue demasiado para ella, se ahorcó esta mañana; lo supimos en el barrio porque el bebé que le quedaba no paraba de llorar.

—¿Y qué hago yo con ese chisme, me lo enfundo por el culo?

—Estábamos pensando en que tal vez tengas algún pulmón mecánico o mínimo un filtro nasal que le puedas implantar, para que no se muera tan rápido. Si el niño está expuesto mucho tiempo a este aire...

—¿Y con qué me van pagar? Montón de rastreros muertos de hambre...

Patrish tomó el brazo de Elish y lo miró reprimiendo sus emociones. El viejo apretó los dientes, resopló profundo y chasqueó la lengua.

—Patrish saldrá con una cámara de aire para que pongan al niño ahí y me lo traigan, pero no haré de niñera, Berutk. Ya crie a este mocoso y me salió todo mal.

Elish encontró la cámara de aire, un ataúd transparente para un adulto, que filtraba el enrarecido aire del chatarrero para que el ocupante pueda respirar oxígeno de alta pureza.

—Llévale esto a Berutk y luego lárgate de aquí para siempre, ¿me entendiste? Para siempre.

Elish abrió un compartimento oculto en su brazo mecánico, extrajo una pequeña cajita, armó rápidamente la mochila del joven y se la arrojó al pecho.

—Pero, papá.

—No me llames así. Vete. Lo que sabes ahora traerá muchos problemas.

Patrish salió llevando su mochila al hombro y arrastrando la cámara de aire que, con ayuda de unas oxidadas rueditas, se desplazó por el accidentado suelo.

—Toma, Berutk. Ojalá que el niño se salve.

—Lo hará, Patrish. Elish nunca ha dejado a nadie solo.

Excepto a mí, pensó el muchacho y sin mediar palabra subió al lomo de su MQ 75 y este, renegando como un animal viejo y cansado, se repuso y comenzó a llevarlo a un destino incierto.

Patrish estaba al borde del chatarrero, una vez más escalaría la montaña de las cucarachas, más allá de donde llega la civilización, al lugar que Frederik indicaba como el núcleo del conocimiento. Ahí donde escondió cientos de libros sobre cómo tratar residuos, cultivar plantas, generar energía del viento y el agua sin depender de las

contaminantes baterías de las máquinas del chatarrero. El conocimiento perdido que el orate no se cansaba de repetir.

El joven sollozó desconsolado, la muerte de sus padres fue un doloroso episodio. Sin embargo, que el viejo Elish lo haya expulsado de lo que fue su hogar superó con creces aquel momento traumático. Patrish se sintió embargado por las ganas de volver, de pedir perdón y olvidarse de lo que descubrió. Si lo hacía todo volvería a ser como siempre... Y eso era lo que más detestaba, esa abyecta normalidad. Pisó el pedal y el bípido prosiguió su camino, alejándose del chatarrero.

El apesadumbrado andar del MQ acompañaba al patético estado de ánimo del joven. La fiel máquina proseguía su trabajo, aunque su vida útil había terminado hace décadas atrás, las patas pisaban firme sobre la basura soportando las casi tres toneladas del bólido. Patrish replicó el proceso de electrolisis para producir oxígeno y rellenar su tanque. Ahora que estaba al borde del chatarrero el panorama comenzó a cambiar. Atrás quedó el suelo empedrado por desperdicio metálico, transistores,

cables y demás. Aunque la tierra seguía muerta, esta vez era adornada de maleza, huesos y mugre. Sabía que debía continuar hasta un lugar donde el marcador de contaminación esté lo más cerca del cero. No sabía si existía un sitio así y, antes de que la duda le capturase los sentidos, volvió a pisar el pedal y forzó a su budoque un poco más.

La noche llegó extraña e inusual. Una estela luminosa conformada por miles de puntos luminosos rasgaba la negrura del firmamento. Patrish había visto sobre ellas en el libro de Frederik, pero al no saber leer, decidió llamarlas brillosas. Muy atrás había quedado el chatarrero, sus nubes marrones, llenas de tóxica polución, y el Estado. Creyó que era buen momento para cenar, se dispuso a armar su tienda de campaña, con el filtro de aire y la cabina de descontaminación. Al rebuscar en su mochila dio con la cajita que Elish empacó sin avisarle. Al abrirla vio, confundido, unas extrañas formaciones, diminutas esferas corrugadas, otras planas, diseños variados. De inmediato buscó el libro de Frederik y comprendió que lo que tenía en sus manos eran semillas de diversas plantas.

Patrish no tenía cómo limpiarse las lágrimas sin retirarse el casco y exponerse al ambiente aún contaminado. No le importó. Ese llanto sincero y a todo pulmón era de felicidad.

BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES

Dai N. Castillo **(Lima, 1992)**

Estudió en la Pontificia Universidad Católica participó en la formación de la biblioteca comunitaria Fitekantropus. También fue parte de varios congresos de su alma máter. Actualmente es asistente de docencia y se encuentra investigando la literatura de ciencia ficción y fantasía.

Lisa Carrasco **(Lima, 1997)**

Licenciada en Literatura por la Universidad Científica del Sur. Fue vocalista en Violencia política y ahora explora ritmos de trap. Ganó los Juegos Florales en su casa de estudios en la categoría de Cuento (2016). Recibió mención honrosa en el concurso “El cuento de las 1000 palabras” de la revista Caretas (2016) y se desempeña como codirectora de MOLOK, revista virtual de artes.

Silvia Alejandra Fernandez **(Mar de plata, 1959)**

Escritora de ciencia ficción y terror. Se desempeñó como editora en “Desafíos Literarios”, “Senderos” y cumplió la labor de coordinadora de edición de la revista “Espejo Humeante”. Actualmente se desenvuelve como seleccionadora y editora de la revista “Letras Públicas”. Es muy prolífica, ya que cuenta con cerca de un centenar de cuentos y artículos publicados en diversos medios impresos y digitales.

Augusto Murillo de los Ríos (Lima, 1979)

Diseñador gráfico con una maestría en animación y producción digital. Tiene una empresa que realiza recursos virtuales haciendo capacitaciones online y spots comunicacionales. Consume videojuegos, makis y rock ‘n roll. Escribió una historia que le hizo ganar una entrada al Perú vs Nueva Zelanda.

Es autor de la novela fantástica apocalíptica “El catalizador: El día de la Creación” (Esparta, 2010) y del policial con elementos fantásticos y de terror “Mentalidad Asesina: Una crónica del Catalizador” (Speedwagon Media Works, 2020). Además, fue uno de los autores seleccionados en la antología: “Para no leer de noche ni en este mundo” (De boleto, 2018).

Daniel Salvo **(Ica, 1967)**

Difusor e impulsor del género de ciencia ficción en el Perú desde su blog “Ciencia Ficción Perú” (2002-2015) y “Crónicas de Futuria”. Es también autor de la columna “Mundos Imaginarios” en el Diario El Peruano. Es autor del cuentario: “El primer peruano en el espacio” (Altazor, 2016). Además, ha escrito cuentos que han sido publicados en inglés, italiano, francés, chino y alemán.

Leysa Yañez **(Lima, 1995)**

Bióloga por la Universidad Ricardo Palma. Destaca por haber representado a su casa de estudios en la “II Jornada de Jóvenes Investigadores de PaleoBiología”. Además, su exposición “Amonites del cretácico peruano y sus características” fue seleccionada por el Ministerio de Cultura.

Manuel Alonso Navazar
(Lima, 1979)

Estudió Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha publicado algunos de sus cuentos en revistas como “Ibídem”, “El narratorio” y “Molok”.

Bruno C. Tello **(Callao, 1989)**

Estudió ciencias de la comunicación. Se dedicó a la difusión del turismo mediante la producción audiovisual viajando al interior del país con distintas organizaciones del sector. Luego decide encaminar su proyecto personal: “La Ruta Alterna”, donde relata las experiencias de sus viajes complementándolas con las fotografías.

Rocío Benavides **(Lima, 1991)**

Periodista por la Universidad Jaime Bausate y Meza. Fue conductora del segmento “Familia feliz” del noticiero “El reportero” de Radio Libertad. En la actualidad se desenvuelve como creadora de contenido digital para la “Revista Wapa”, del grupo La República. Además, publicó algunas ficciones en la revista de corte cultural MOT.

José Güich Rodríguez **(Lima, 1963)**

Estudió Literatura en la PUCP. Es Magíster en Escritura Creativa por la UNMSM. Se formó como investigador en la República Argentina entre 1992 y 1995.

Es autor de los libros de cuentos “Año sabático”, “El mascarón de proa”, “Los espectros nacionales”, “El sol infante” y “Control terrestre”; de la novela corta “El visitante”, y de las novelas “El misterio de la Loma Amarilla”, “El misterio del Barrio Chino” y “Los caprichos de la razón”.

Una selección de sus relatos publicados entre 2000 y 2013 ha aparecido bajo el título “Planeta de sombras”. Ha publicado, entre otras obras de investigación: “Universos en expansión. Antología crítica de la ciencia ficción peruana: Siglos XIX al XXI”.

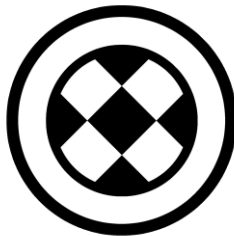
Gaspar Paredes **(Picota, 1994)**

Abogado y conciliador extrajudicial. Es baterista y vocalista de la banda de thrash metal Visser, y difusor de la música metal local del colectivo Heavy Metal Tarapoto. Además, es director de la asociación educativa y artística Anábasis. Activista social. Ex peleador de MMA. Actual Míster Picota y Perú Turismo San Martín 2019. Ha colaborado con el diario “Voces” de Tarapoto con algunas columnas de opinión.

Es autor del cyber thriller “Sin perdón de Dios” (Polisemia, 2018) y del cuentario “Mortuorio” (Speedwagon Media Works, 2020). Es también uno de los autores seleccionados para la antología: “Amazonía Ancestral” (Trazos, 2020).

Poldark Mego Ramírez **(Bellavista, 1985)**

Psicólogo y actor/director de teatro. Autor de “Pandemia Z: Supervivientes” (Torre de Papel, 2019) y “La plaga y otras historias” (2020). Ganó el primer puesto en el concurso internacional de cuento de ciencia ficción y terror “Orbituario 2019”.



SPEEDWAGON
media works

2020